

ESPECTROS

DRAMA FAMILIAR EN TRES ACTOS

(1881)

NOTA PRELIMINAR

Apareció en volumen este drama por primera vez el 12 de diciembre de 1881, en Copenhague, y a consecuencia de la polvareda de escándalo que levantó al punto la crítica, fué traducido desde luego a todos los idiomas.

No se llevó, en cambio, a la escena hasta unos dos años después. Por lo pronto hubo un estreno a título de ensayo en la pequeña ciudad sueca de Helsingborg, el 22 de agosto de 1883; el 9 de septiembre siguiente, se estrenaba de un modo oficial en el Teatro Real, de Estocolmo, y a continuación lo difundieron por toda Escandinavia, en diversas tournées, las compañías de Lindberg, de Olaus Olsen y otras, alcanzando gran cantidad de representaciones; en el Teatro Noruego, de Cristianía, se estrenó el 17 de octubre del mismo año, y el 20 de marzo de 1890, lo montaba el Teatro Central, de esta capital, así como por el 1900 figuraba en el Teatro Nacional, que lo repitió el 1925 en solemne repo-

sición; el Teatro Noruego, de Bergen, lo dió a conocer al público en lengua vernácula el 2 de diciembre de 1890, y el año 1903, se ponía en el Teatro Real, de Copenhague. Alemania, antes de levantarse la prohibición, lo representó de cuando en cuando a taquilla cerrada, en alguna ocasión con asistencia de Ibsen, y después menudearon las representaciones en diversos teatros; Inglaterra, que no revocó el veto, lo ha conocido sólo por sesiones privadas; además, se ha divulgado en Austria, Suiza, Italia, Francia, Rusia, España, Holanda, Armenia, China y ambas Américas, interpretándolo actores tan famosos como Zacconi, Novelli, Antoine y Tallaví.

Se han hecho no pocas parodias de esta obra, que provocó primero violentas censuras, y tras de la primera marejada crítica y de las controversias subsiguientes, se ha estudiado y analizado con más serenidad en incontables revistas y volúmenes del mundo entero.

PERSONAJES

ELENA ALVING, viuda del capitán Alving; gentilhombre de cámara.
OSWALDO ALVING, su hijo, pintor.

EL PASTOR MANDERS.
ENGSTRAND, carpintero.
REGINA ENGSTRAND, doncella de la señora Alving.

La acción se desarrolla en la casa de campo de la señora Alving, a orillas de un gran fjord, en el oeste de Noruega.

ACTO PRIMERO

Sala espaciosa con vistas a un jardín. A la izquierda, una puerta, y otras dos a la derecha. En medio de la habitación, mesa redonda con sillas alrededor. Sobre la mesa, libros, revistas y diarios. Más cerca, en el lateral izquierdo, una ventana, y al lado de la misma, un sofá con un costurero delante. El salón comunica al foro con un invernadero encristalado. A la derecha del invernadero, puerta que conduce al jardín. A través de los cristales se divisa el paisaje sombrío del fjord, velado por una lluvia continua.

El carpintero ENGSTRAND permanece junto a la puerta que da al jardín. Tiene la pierna izquierda algo corta, por lo cual lleva una gruesa suela de madera como suplemento de la bota. REGINA, con una regadera vacía en la mano, le impide la entrada.

REGINA (*En voz baja.*)

¿Qué quieres? ¡No pases! ¡Estás chorreando!

ENGSTRAND.

Es la lluvia del Señor, hija mía.

REGINA.

Querrás decir del diablo.

ENGSTRAND.

¡Jesús, qué manera de hablar, Regina! (*Da algunos pasos cojeando.*) Lo que quería decir...

REGINA.

¡No hagas tanto ruido con ese pie, hombre! El señorito está durmiendo arriba.

ENGSTRAND.

¿Durmiendo a estas horas, en pleno día?

REGINA.

¿Y qué te importa eso?

ENGSTRAND.

Anoche fui de parranda...

REGINA.

Lo creo sin esfuerzo.

ENGSTRAND.

Hija mía... los hombres somos débiles...

REGINA.

Así parece.

ENGSTRAND.

...y como sabes, no faltan tentaciones en este mundo. Pero, a pesar de todo, esta mañana a las cinco y media estaba trabajando ya.

REGINA.

Bueno, bueno; a ver si te marchas de una vez. No quiero seguir aquí de *rendez-vous* (1) contigo.

(1) Cita, entrevista. En francés en el original.

ENGSTRAND.

¿Cómo? ¿De qué no quieres seguir conmigo?

REGINA.

No quiero que te encuentren aquí de charla. ¡Vamos, márchate!

ENGSTRAND. (*Avanzando dos pasos.*)

Pues no pienso marcharme hasta haberte hablado. Esta tarde acabo de trabajar en la escuela, y esta misma noche tomo el vapor y me vuelvo a la ciudad.

REGINA. (*Entre dientes.*)

¡Buen viaje!

ENGSTRAND.

Gracias, hija mía. Mañana va a ser la inauguración del orfanato y es de esperar que haya comilona y se empine el codo, ¿eh? Pues bien: me propongo que nadie diga que Jacobo Engstrand no sabe mantenerse aparte cuando surge la tentación.

REGINA.

¡Bah!

ENGSTRAND.

Porque vendrá mañana mucha gente elegante. También se aguarda al pastor Manders; llegará de la ciudad.

REGINA.

Llega hoy.

ENGSTRAND.

Ya lo ves. ¡Qué demonio! no quiero que tenga nada que decir de mí, ¿comprendes?

REGINA.

¡Ya! Está bien.

ENGSTRAND.

Pero...

REGINA. (*Mirándole con fijeza.*)

¿Qué nueva superchería vas a hacer tragar al pastor Manders?

ENGSTRAND.

¡Calla! ¿Estás loca? ¿Engañar yo al pastor Manders? ¡Por Dios! ¡A un hombre tan bueno!... En fin, a lo que íbamos... Ya te he dicho que esta noche me vuelvo a casa.

REGINA.

Cuanto antes lo hagas, mejor.

ENGSTRAND.

Sí; pero deseo llevarte conmigo, Regina.

REGINA. (*Estupefacta.*)

¿Llevarme...? ¿Qué estás diciendo?

ENGSTRAND.

Estoy diciendo que vengas a casa conmigo.

REGINA. (*Desdeñosa.*)

Jamás en la vida conseguirás tenerme contigo en casa.

ENGSTRAND.

Eso, ya lo veremos.

REGINA.

¿Qué te has creído? ¿Yo, que me he educado en casa de la viuda del gentil-hombre Alving; yo, que estoy considerada aquí casi como una hija, irme a vivir contigo, a una casa como la tuya? ¡Quita, hombre!

ENGSTRAND.

¿Cómo se entiende? ¿Vas a desobedecer a tu padre?

REGINA. (*Murmurando, sin mirarle.*)

Bastantes veces me has dicho que no hay nada de común entre nosotros.

estaba con remilgos. (*Remedándola.*)
y, suéltame, Engstrand! (2). ¡No te
ques! Acuérdate de que he servido
años en casa de un gentilhombre,
señor Alving de Rosenvold" (3).
¡No me olvides! No podía olvidar ni un solo
momento que el capitán fué nombrado
gentilhombre cuando ella estaba sirvien-
do en la casa.

REGINA.
Pobre madre! Conseguiste martiri-
zarla lo bastante para quitarle la vida.

ENGSTRAND.
Claro, claro! Por lo visto, yo ten-
go la culpa de todo.

(1) Frase de repulsión. En francés en el
original.
(2) En Noruega es muy frecuente entre
de clase humilde que la mujer llame a su
marido por el apellido.
(3) Rosenvold, nombre de la finca.

¿Qué va a hacer un padre con su única
hija? ¿No soy viudo... solò... y aban-
donado?

REGINA.

¡Déjate ya de tonterías! ¿Por qué
quieres llevarme contigo?

ENGSTRAND.

Pues mira: he pensado dedicarme a
algo nuevo...

REGINA. (*Rezongando.*)

¡Sí, sí! No es la primera vez que
lo piensas; pero ya conocemos el re-
sultado.

ENGSTRAND.

Esta vez tú lo verás, Regina... ¡El
diablo me lleve si...!

(1) Pie de carnero. En francés en el ori-
ginal.

ENGSTRAND.

Vamos, uná posada de lujo, ¿com-
prendes? Nada de esos tabucos indecen-
tes para marineros, sino una especie de
albergue para capitanes y oficiales...
gente de categoría, ¿te enteras?

REGINA.

¿Y pretendes que yo...?

ENGSTRAND.

Eso es; tú me ayudarás. Es decir,
sólo en apariencia, como supondrás. No
vas a trabajar sin descanso, sino lo que
te dé la gana.

REGINA.

Me lo figuro.

ENGSTRAND.

Porque no cabe la menor duda de que
en el establecimiento hace falta una mu-

has ahorrado?

ENGSTRAND.

En total, llegará quizá a unas... se-
tecientas u ochocientas coronas.

REGINA.

No está del todo mal.

ENGSTRAND.

Lo suficiente para empezar, hija mía.

REGINA.

¿Y no piensas darme nada de ese di-
nero?

ENGSTRAND.

¡Qué he de pensar! Eso sí que no.

REGINA.

¿Ni siquiera vas a enviarme un cor-
te de vestido?

(Empujándole hacia la puerta que da al jardín.) Y no des portazos, pues el señorito...

ENGSTRAND.

Está durmiendo. Mucho te preocupas del señorito... (Bajando la voz.) Pero, ahora caigo, puede que él...

REGINA.

¡Sal de aquí en seguida! ¿Estás borracho, hombre? ¡Cuidado! por ahí no, que viene el pastor Manders. Anda, vete por la puerta de la cocina.

ENGSTRAND. (Pasando a la derecha.)

Sí, sí; ya me voy. Pero no dejes de hablar con quien viene. El sabrá decirte lo que debe una hija a su padre. Porque, a pesar de todo, soy tu padre, ¿entiendes? Se puede comprobar en los libros de la parroquia. (Vase por la segunda puerta de la derecha, que REGINA ha abierto y vuelve a cerrar. Esta se mira, presurosa, al espejo, abanicándose con el pañuelo y ajustando el

REGINA. (Siguiéndole.)

Pues para los campesinos es una bendición, señor pastor.

PASTOR MANDERS.

Tiene usted razón. Los que vivimos en la ciudad no nos acordamos de eso. (Empieza a quitarse el abrigo.)

REGINA.

Permítame... ¡Ajajá! ¡Dios mío, qué mojado viene! Voy a colgarlo.

(Sale con las prendas por la segunda puerta de la derecha. El pastor deja el saco de viaje y el sombrero encima de una silla. Vuelve REGINA.)

PASTOR MANDERS.

¡Ah! da gozo estar bajo techado... ¿Y marcha todo por aquí bien?

REGINA.

Sí, gracias.

PASTOR MANDERS.

Pero habrá mucho que hacer con me

PASTOR MANDERS.

¿Engordado?... Sí... un poco... lo suficiente. *(Corta pausa.)*

REGINA.

¿Quiere usted que avise a la señora?

PASTOR MANDERS.

Reconocido; pero no hay prisa, hija mía... Y dígame, querida Regina, ¿cómo le va a su padre?

REGINA.

Le va bastante bien; gracias, señor pastor.

PASTOR MANDERS.

Fué a verme la última vez que estuvo en la ciudad.

REGINA.

¡Ah! ¿sí? Siempre se pone muy contento cuando puede hablar con el señor pastor.

PASTOR MANDERS.

¿Y usted, va a verle a menudo?

REGINA.

¿Yo?... Sí, en cuanto tengo un momento para ello.

PASTOR MANDERS.

Su padre, por desgracia, no es un carácter fuerte, Regina. Necesita una mano que le guíe.

REGINA.

Acaso. Es muy posible.

PASTOR MANDERS.

Necesita cerca de él alguien en quien poder depositar su cariño, y que sea a la vez un consejero. El mismo me lo confesó ingenuamente la última vez que estubo a verme.

REGINA.

Sí, a mí también me ha hablado de eso; pero no sé si la señora Alving querrá prescindir de mí... sobre todo ahora que vamos a tener más trajín con el nuevo orfanato. Por mi parte, no quisiera dejar a la señora Alving, que ha sido siempre tan buena conmigo.

PASTOR MANDERS.

Pero ¿y su deber de hija, criatura? Por de contado, debemós obtener el consentimiento de la señora Alving.

REGINA.

Aparte de que no sé si estará bien que una muchacha de mi edad lleve la casa de un hombre solo...

PASTOR MANDERS.

¡Cómo! Pero, querida niña, ¿se trata de su propio padre!

REGINA.

Pues de todas maneras... Si entrara en una casa buena y con un verdadero señor...

PASTOR MANDERS.

¡Vamos, Regina!

REGINA.

...alguno por quien pudiera sentir apego y respeto, como si fuese hija suya.

PASTOR MANDERS.

Sí; pero tenga en cuenta...

REGINA.

Entonces iría de buena gana a la ciudad. ¡Aquí estoy tan sola!... Usted mismo sabe, señor pastor, lo que es estar solo en el mundo. Por lo demás, me atrevo a decir que soy dispuesta y trabajadora. ¿No conoce usted alguna colocación así para mí?

PASTOR MANDERS.

¿Yo? A fe mía, no conozco ninguna.

REGINA.

Señor pastor, acuérdesese de mí si tuviera noticia de algo.

PASTOR MANDERS. *(Levantándose.)*

No dejaré de hacerlo, Regina.

REGINA.

Es porque si yo...

PASTOR MANDERS.

¿Me hace el favor de avisar a la señora?

REGINA.

En seguida vendrá, señor pastor. *(Va-se por la izquierda.)*

PASTOR MANDERS. *(Va de acá para allá por la estancia. Se detiene unos instantes al fondo ante la vidriera, para mirar al jardín, con las manos atrás. Luego se acerca de nuevo a la mesa, toma un libro, lee el título y se queda perplejo, como extrañado de encontrar allí aquella obra. La deja, mira otra y la deja también.)*

¡Hum! el caso es que...
(La SEÑORA ALVING entra por la puerta de la izquierda, seguida de REGINA, que sale por la primera de la derecha.)

SEÑORA ALVING. *(Estrechándole las manos.)*

Buenos días, señor pastor...

Buenos días, señor pastor...

Buenos días, señor pastor...

Buenos días, señor pastor...

Buenos días, señor pastor. Aquí me tiene, como había prometido.

SEÑORA ALVING.

Usted, siempre tan puntual.

PASTOR MANDERS.

No puede usted figurarse el trabajo que me ha costado escaparme... Todas

esas benditas juntas y comisiones de que formo parte...

SEÑORA ALVING.

Razón de más para agradecerle que haya venido tan temprano. Así podremos concluir nuestros asuntos antes de almorzar. Pero ¿dónde tiene usted su maleta?

PASTOR MANDERS. *(Precipitadamente.)*

Mi equipaje está en la hostería. Me quedo allí esta noche.

SEÑORA ALVING. *(Disimulando una sonrisa.)*

¿De modo que tampoco esta vez habrá medio de que pase la noche en mi casa?

PASTOR MANDERS.

No, no, señora. Muy agradecido; pero prefiero quedarme allí, como de costumbre. Es más práctico para volver a tomar el vapor.

SEÑORA ALVING.

Bien; como usted guste. Aunque, francamente, entiendo que dos viejos como nosotros...

PASTOR MANDERS.

¡Válgame Dios, qué cosas dice usted! Claro que hoy tiene motivos para estar de buen humor. En primer lugar, por la fiesta de mañana, y después, por hallarse Oswaldo de regreso.

SEÑORA ALVING.

Sí, imagínese la alegría que supone para mí. Hace más de dos años que faltaba de casa. Pero me ha prometido quedarse conmigo todo el invierno.

PASTOR MANDERS.

¿De veras? Pues ha sido un rasgo ejemplar de su hijo, sobre todo pensando en lo incomparablemente atractiva que es para un joven la vida de París o de Roma.

SEÑORA ALVING.

¡Sí; pero aquí está su madre. ¡Ah, bendito hijo! ¡El sí que tiene para su madre buen corazón!

PASTOR MANDERS.

Sería demasiado triste que la ausencia y sus ocupaciones de artista hubiera adormecido tan naturales sentimientos.

SEÑORA ALVING.

Bien puede usted decirlo. Pero, con él, no hay cuidado. Tengo verdaderas ganas de ver si es usted capaz de reconocerle. Bajará luego; ahora está arriba descansando un poco en el sofá... Pero siéntese, señor pastor.

PASTOR MANDERS.

Entonces, ¿no estorbo?

SEÑORA ALVING.

Todo lo contrario. (*Se sienta junto a la mesa.*)

PASTOR MANDERS.

En ese caso, verá usted... (*Se dirige a la silla donde ha dejado el saco de viaje, saca un legajo de papeles y se sienta al otro lado de la mesa, haciendo para los papeles sitio.*) Ante todo tenemos... (*Interrumpiéndose.*) Dígame, señora, ¿cómo están estos libros aquí?

SEÑORA ALVING.

¿Estos libros? Son libros que leo yo.

PASTOR MANDERS.

¿Lee usted semejantes cosas?

SEÑORA ALVING.

Sí, por cierto.

PASTOR MANDERS.

¿Se siente usted mejor y más feliz leyendo obras de esta clase?

SEÑORA ALVING.

Me hago la ilusión de sentirme más tranquila.

PASTOR MANDERS.

¡Qué curioso! ¿Y cómo es eso?

SEÑORA ALVING.

Verá usted: en ellas creo encontrar la explicación y la confirmación de muchas cosas que pienso yo misma. Sí, porque lo extraño, pastor Manders, es que esos libros no dicen nada nuevo en realidad; no dicen sino lo que la mayoría de la gente piensa y opina. Lo que pasa es que no se dan cuenta de ello o no quieren reconocerlo.

PASTOR MANDERS.

¡Por Dios! ¿Cree usted en serio que la mayoría...?

SEÑORA ALVING.

Claro que lo creo.

PASTOR MANDERS.

Concedido; pero presumo que no en este país, o al menos, no aquí entre nosotros...

SEÑORA ALVING.

Seguramente, aquí como en todas partes.

PASTOR MANDERS.

Pues yo debo objetar...

SEÑORA ALVING.

Pero, en resumidas cuentas, ¿qué tiene usted que oponer contra estos libros?

PASTOR MANDERS.

¿Oponer? ¿Es que cree usted que yo me ocupo de estudiar tales engendros?

SEÑORA ALVING.

Eso significa que condena usted lo que desconoce.

PASTOR MANDERS.

He leído lo suficiente sobre estas obras para desaprobarlas.

SEÑORA ALVING.

Bien; pero su opinión personal...

PASTOR MANDERS.

Querida señora, en la vida hay infinitas ocasiones en que ha de remitirse uno al juicio de otras personas. En este mundo las cosas son así, y así deben ser. ¿Adónde iría a parar, si no, la sociedad?

SEÑORA ALVING.

Quizá tenga usted razón.

PASTOR MANDERS.

No niego, como es lógico, que las lecturas en cuestión puedan resultar bastante atractivas. Y tampoco voy a censurar que desee usted conocer las corrientes intelectuales que, según dicen, se propagan entre esa sociedad... la sociedad que usted ha permitido que frecuente su hijo durante tanto tiempo. Pero...

SEÑORA ALVING.

Pero ¿qué?

PASTOR MANDERS. (*Bajando la voz.*)

Pero no se debe hablar de ello, señora. Si bien se mira, no hay ninguna necesidad de rendir cuentas a nadie de lo que uno piensa y lee dentro de su propia casa.

SEÑORA ALVING.

No, ¡qué ha de haber! Yo también sustento ese criterio.

PASTOR MANDERS.

Piense, por ende, en las consideraciones que debe al orfanato que decidió fundar tiempo atrás, cuando sus ideas sobre las cosas espirituales eran muy diferentes de las que tiene usted hoy... según veo, al menos.

SEÑORA ALVING.

Sí, sí; estoy conforme. Pero, es del tal orfanato...

PASTOR MANDERS.

Justo; del orfanato es de lo que debíamos hablar... Así, pues... ¡prudencia, querida señora! Y ahora, tratemos de nuestros asuntos... (*Abre el legajo y saca algunos papeles.*) ¿Ve usted esto?

SEÑORA ALVING.

¿Los documentos?

PASTOR MANDERS.

Todos y en regla. Ya calculará las vueltas que he dado para conseguirlos a tiempo. He tenido que insistir mucho. Las autoridades llegan a hacerse insostenibles con su escrupulosidad si hay que tomar decisiones. Pero al cabo están aquí. (*Hojeando el legajo.*) Mire usted: éste es el título de propiedad de la hacienda de Solvik, dependencia del dominio de Rosenvold, incluida en el registro con los nuevos edificios—la escuela, la casa del maestro y la capilla—; y ésta, la ratificación del legado y la aprobación de los estatutos del establecimiento. ¿Le interesa? (*Lee.*) "Estatutos del orfanato a la memoria del capitán Alving."

SEÑORA ALVING. (*Observando detenidamente el papel.*)

¿Conque esto es...?

PASTOR MANDERS.

He preferido el título de capitán al de gentilhombre. Capitán parece menos pretencioso.

SEÑORA ALVING.

Sí, sí; como usted quiera.

PASTOR MANDERS.

Y aquí tiene usted la libreta de la Caja de Ahorros, con el capital e intereses destinados a cubrir los gastos del orfanato.

...evento a seis meses. Si más tarde
ramos de una buena obligación hi-
-aria—tendría que ser, por supues-
-una primera hipoteca de seguridad
-uta—, podríamos hablar más des-
-de la cuestión.

SEÑORA ALVING.
...sí; usted, querido pastor, en-
-le más que yo de estas cosas.

PASTOR MANDERS.
...en todo caso, estaré a la mira. Pe-
-también hay otro detalle que he
-ido preguntarle a usted muchas
-s.

SEÑORA ALVING.
Y qué es?

PASTOR MANDERS.
...¿conviene asegurar los inmuebles
-orfanato o no...

SEÑORA ALVING.
...indudablemente, conviene asegurar-

PASTOR MANDERS.
...guarde un poco, señora. Debemos
-ar el asunto con más detención.

SEÑORA ALVING.
...¿lo tengo asegurado todo: edifi-
-o, mobiliario, cosecha, ganado...

PASTOR MANDERS.
...¿natural: son sus bienes priva-

eventualidad...

SEÑORA ALVING.
Eso es lo que quiero decir.

PASTOR MANDERS.
Pero ¿sabe usted en qué disposición
está la gente de la comarca? Usted la
conoce mejor que yo.

SEÑORA ALVING.
¡Hum! su disposición...

PASTOR MANDERS.
Hay aquí un gran número de per-
sonas con opinión autorizada que pu-
dieran tomar a mal nuestra decisión.

SEÑORA ALVING.
¿Qué considera usted como opinión
autorizada?

PASTOR MANDERS.
Vamos, me refiero a las personas que
tienen una posición independiente e in-
fluyente. No podemos menos de atribuir
cierta trascendencia a su punto de vista.

SEÑORA ALVING.
Tal vez haya varias de esas personas
que se escandalizarían si...

PASTOR MANDERS.
¿Lo ve usted? En la ciudad se dan
muchísimos casos de éstos. Piense us-
ted sólo en todos los feligreses de mi
colega. No es de extrañar que lo to-
maran como si ni usted ni yo tuvié-

pretaciones. Y esas interpretaciones pue-
den ejercer influencia sobre la misma
obra del orfanato.

SEÑORA ALVING.
Verdad es...

PASTOR MANDERS.
Tampoco puedo pasar enteramente
por alto lo falsa que resultaría entonces
mi situación... me atreveré a decir que
la más penosa en que podría encontrar-
me. Los círculos dirigentes de la ciudad
se ocupan mucho del orfanato. Porque,
al fin y al cabo, el asilo también se ha
instituido en beneficio de ella, y es de
esperar que eso disminuya en una pro-
porción considerable los gastos de la
Beneficencia Pública. Como yo he sido
su consejero y el encargado de la direc-
ción administrativa de tal obra, temo
ser el primer blanco de las envidias...

SEÑORA ALVING.
Efectivamente, no debe usted expo-
nerse a ello.

PASTOR MANDERS.
Sin contar los ataques que, de se-
guro, me dirigirían en ciertos periódicos
y revistas, como...

SEÑORA ALVING.
Basta, querido pastor; sus razones son
de todo punto decisivas.

PASTOR MANDERS.

SEÑORA ALVING.

Lo que no comprendo es por qué ha aguardado usted hasta hoy para hablar-me de ello...

PASTOR MANDERS.

Varias veces he tenido el propósito de preguntárselo...

SEÑORA ALVING.

Ayer, sin ir más lejos, en poco estubo que no hubiera un incendio allá abajo.

PASTOR MANDERS.

¿Qué me dice?

SEÑORA ALVING.

Por fortuna, fué algo sin importancia: unas virtutas que se habían prendido en el taller de carpintería.

PASTOR MANDERS.

¿Donde trabaja Engstrand?

SEÑORA ALVING.

Sí. Parece que es muy imprudente con las cerillas, y...

PASTOR MANDERS.

¡Tiene tantas cosas en la cabeza ese hombre, y tantas tribulaciones! A Dios gracias, al presente se esfuerza por llevar una vida intachable, según dicen.

SEÑORA ALVING.

¿Sí? ¿Quién lo dice?

PASTOR MANDERS.

Me lo ha asegurado él mismo. Según mis informes, es un buen obrero.

SEÑORA ALVING.

Sí, cuando no bebe.

PASTOR MANDERS.

¡Oh, qué lamentable debilidad! Pero afirma que con frecuencia no tiene

más remedio, a causa de su pierna. La última vez que estubo en la ciudad, me conmovió a fondo. Fué a verme, y a darme las gracias por haberle encontrado trabajo aquí, a fin de que pudiera ver a Regina.

SEÑORA ALVING.

Pues no viene a verla apenas.

PASTOR MANDERS.

Sí, habla con ella todos los días; él mismo me lo ha dicho.

SEÑORA ALVING.

Entonces, puede ser.

PASTOR MANDERS.

Se da perfecta cuenta de que le hace falta alguien que le contenga cuando llegue la tentación. Lo que atrae de Jacobo Engstrand es que, en los momentos de debilidad, acude a uno para dolerse y acusarse por sí de sus caídas. Recientemente vino a hablar conmigo... Oiga, señora Alving: sería una felicidad para él que Regina volviera a su lado...

SEÑORA ALVING. (*Levantándose brusca-mente*)

¡Regina!

PASTOR MANDERS.

...y no debe usted oponerse.

SEÑORA ALVING.

¡Cómo no he de oponerme! Además, Regina va a desempeñar un empleo en el orfanato.

PASTOR MANDERS.

Tenga usted en cuenta que es su padre...

SEÑORA ALVING.

Sé muy bien qué clase de padre ha sido para ella. ¡No! jamás irá Regina a su lado con mi consentimiento.

PASTOR MANDERS. (*Se levanta a su vez.*)

Pero, querida señora, no lo tome tan a pecho. Es muy doloroso ver el concepto que ha formado usted del carpintero. Se diría que teme usted...

SEÑORA ALVING. (*Calmándose.*)

No importa. He recogido en mi casa a Regina, y en mi casa se quedará. (*Acechando.*) ¡Chis! señor pastor, ni una palabra más de esto. (*Se ilumina su semblante.*) ¡Escuche! Ahí viene Oswaldo. Ahora no vamos a pensar más que en él.

(*Se abre la puerta de la izquierda, y aparece OSWALDO ALVING con abrigo y sombrero en mano, fumando en una gran pipa de espuma de mar.*)

OSWALDO. (*Deteniéndose a la puerta.*)

¡Ah! perdón. Creí que estabais en el despacho. (*Acercándose.*) Buenos días, señor pastor.

PASTOR MANDERS. (*Mirándole, pasmado.*)

¡Oh! es increíble...

SEÑORA ALVING.

¿Qué dice usted a esto, señor pastor?

PASTOR MANDERS.

Digo... digo... ¡No! ¿Es él en carne y hueso?

OSWALDO.

Sí, es en carne y hueso el hijo pró-digo, señor pastor.

PASTOR MANDERS.

Pero, querido... amiguito...

OSWALDO.

O el hijo recobrado, si lo prefiere usted.

SEÑORA ALVING.

Oswaldo se acuerda de cuando usted se oponía tanto a que fuese pintor.

PASTOR MANDERS.

A los ojos del hombre hay actos que parecen temerarios, y con todo, más tarde... (*Estrechando fuertemente la mano de OSWALDO.*) ¡Vaya! sea usted bien venido. Créame, querido Oswaldo... supongo que me permitirá llamarle así, ¿verdad?...

OSWALDO.

Pues ¿cómo iba usted a llamarme?

PASTOR MANDERS.

Bueno. Lo que pretendía decir, querido Oswaldo, es... que no piense usted que yo condono en redondo la profesión de artista. Supongo que en ella, como en todas las demás, se puede conservar el espíritu sin mácula.

OSWALDO.

Es de esperar.

SEÑORA ALVING. (*Radiante de alegría.*)

Yo sé de uno que se ha conservado sin mácula de cuerpo y alma. No tiene usted más que mirarle, pastor Manders.

OSWALDO. (*Paseándose.*)

Vamos, querida madre; hablemos de otra cosa.

PASTOR MANDERS.

Sí, en efecto. No se puede negar. Además, empieza usted a crearse un nombre. Los periódicos han hablado a menudo de usted, y en términos muy favorables. Y eso que, si no me engaño, a última hora se ha hecho un poco de silencio...

OSWALDO. (*Aproximándose a las flores.*)

A última hora no he pintado tanto.

ito es. Oye, madre, ¿vamos a comen-
to?

ORA ALVING.
entro de media hora. Lo que es
ito no le falta, gracias a Dios.

TOR MANDERS.
i afición al tabaco.

WALDO.
ncontré la pipa de mi padre arriba
mi habitación, y...

TOR MANDERS.
Ah! sí, ya me lo explico.

ORA ALVING.
Qué?

TOR MANDERS.
Cuando vi a Oswaldó ahí a la puer-
con la pipa en la boca, se me antojó
r viendo a su padre en persona.

WALDO.
Habla en serio?

ORA ALVING.
Oh, qué cosas tiene usted! A quién
asemeja Oswaldó es a mí.

TOR MANDERS.
Sí; pero ese gesto de la boca, esos
ojos, me recuerdan a Alving... sobre
lo así... con la pipa.

ORA ALVING.
Ni por asomo! Oswaldó tiene más
n la boca un tanto sacerdotal.

barla. De chico, fumé una vez en ella,
y...

SEÑORA ALVING.
¿Tú?

OSWALDO.
Sí; a la sazón era muy pequeño.
Pero recuerdo que una noche subí a
la habitación de mi padre, quien esta-
ba muy animado, muy gozoso...

SEÑORA ALVING.
¡Oh! no puedes recordar nada de
aquellos años.

OSWALDO.
Pues lo recuerdo perfectamente. Me
cogió, me sentó sobre sus rodillas, y
me hizo fumar en la pipa. "Fuma, mu-
chacho—decía—, fuma con fuerza." Y
yo fumé todo lo que pude, hasta que
sentí que me estaba poniendo pálido
y el sudor empezaba a correrme a go-
tas gordas por la frente. Luego se echó
a reír con todas sus ganas.

PASTOR MANDERS.
Es de lo más singular.

SEÑORA ALVING.
Será un sueño que habrá tenido
Oswaldó.

OSWALDO.
No, no; estoy bien seguro de que
no. La prueba es que—¿no te acuer-
das?—entonces entraste tú y me lle-

buenas y útiles en este mundo, a des-
pecho del poco tiempo que vivió.

PASTOR MANDERS.
Positivamente, ha heredado usted el
apellido de un hombre digno y traba-
jador, querido Oswaldó. Confío en que
esto le servirá de estímulo.

OSWALDO.
Debiera servirme, sí.

PASTOR MANDERS.
Por lo pronto, ya es un rasgo loable
que haya venido aquí para celebrar el
día consagrado a su memoria.

OSWALDO.
¡Qué menos puedo hacer por mi pa-
dre!

SEÑORA ALVING.
¡Y yo que voy a tenerle aquí tanto
tiempo!... Ese es un rasgo más loable
todavía.

PASTOR MANDERS.
Por lo que he oído, se quedará aquí
todo el invierno.

OSWALDO.
Me quedo por tiempo indetermina-
do, señor pastor... ¡Ah, qué gusto da
estar en casa!

SEÑORA ALVING. (*Satisfecha.*)
¿Verdad que sí, hijo?

ero ¿cómo es posible que un hombre y una mujer, aunque sólo sea con mínimo de educación, puedan vivir en esa forma a los ojos de todo el mundo?

OSWALDO.

¿Qué quiere usted que hagan? Un artista pobre, una muchacha pobre... para casarse se necesita mucho dinero. ¿Qué quiere usted que hagan?

PASTOR MANDERS.

¿Qué quiero que hagan? Pues se lo sé. Lo que deben hacer es apartarse uno de otro desde un principio... Eso es lo que deben hacer.

OSWALDO.

Con frases así no iría usted muy lejos, tratándose de jóvenes enamorados y apasionados.

SEÑORA ALVING.

No, no iría usted muy lejos.

PASTOR MANDERS. (*Insistiendo.*)

¿Y que las autoridades lo toleren... que permitan esa conducta en público! (*Dirigiéndose a la SEÑORA ALVING.*) ¿Ve usted cómo tenía razones para estar profundamente preocupado por su hi-

una palabra indecorosa, ni menos he sido testigo de nada que cupiera calificarse de depravado. No. ¿Sabe usted cuándo y dónde he tropezado con la depravación en los círculos de artistas?

PASTOR MANDERS.

¡No, alabado sea Dios!

OSWALDO.

Pues bien: me permitiré decírselo. He tropezado con ella cuando alguno de nuestros maridos y padres de familia modelos se presentaban allí a pasar unos días libremente, y se dignaban visitar a los artistas en sus tabernas baratas. ¡Entonces sí que aprendimos lo que es bueno! Aquellos caballeros nos hablaban de sitios y de cosas que nosotros no habíamos ni presenciado.

PASTOR MANDERS.

¡Cómo! ¿Intenta usted hacerme creer que los hombres honrados de este país...?

OSWALDO.

¿No ha oído usted a esos hombres honrados de vuelta a su casa? ¿No les ha oído opinar sobre la inmoralidad

me alegre ahora. Mi hijo hablará por mí.

PASTOR MANDERS.

Es usted muy digna de compasión, señora. Pero voy a dirigirle palabras llenas de gravedad. En este momento no tiene delante a su administrador, ni a su consejero, ni a su amigo, ni al amigo de juventud de su marido; quien está aquí es el sacerdote, que va a amonestarla, como lo hizo en el trance más desolado de su vida.

SEÑORA ALVING.

¿Y qué tiene que decirme el sacerdote?

PASTOR MANDERS.

Primero deseo refrescar su recuerdo, señora. Es el momento más oportuno. Mañana hará diez años que murió su esposo; mañana se va a inaugurar el monumento erigido a su memoria; mañana voy a hablar a todos los concurrentes... pero hoy quiero hacerlo sólo a usted.

SEÑORA ALVING.

En fin, señor pastor, hable ya.

PASTOR MANDERS.

¿Recuerda cómo, después de un año de matrimonio, se encontró usted al borde del abismo... huyó de su hogar... abandonó a su marido? Sí, señora, le abandonó, y se negó a volver, a pesar de sus ruegos, a pesar de todas sus súplicas.

SEÑORA ALVING.

¿Olvida usted lo inmensamente desgraciada que fui durante aquel primer año?

PASTOR MANDERS.

Buscar la felicidad aquí en este mundo denota un espíritu demasiado dis-

colo. ¿Qué derecho tenemos a la felicidad?... No, señora; hemos de cumplir con nuestro deber. Y el deber suyo era seguir viviendo con el hombre que usted misma había elegido, a quien estaba unida por vínculos sagrados.

SEÑORA ALVING.

Harto sabe usted qué vida llevaba Alving entonces, y las aberraciones que cometía.

PASTOR MANDERS.

Sé de sobra los rumores que corrían, y nada más opuesto a mi ánimo que aprobar su comportamiento en la juventud, si tales rumores estaban en realidad justificados. Pero una esposa no se halla autorizada para constituirse en juez de su marido. Su deber hubiera sido llevar humildemente la cruz que un poder más alto consideró oportuno imponerle. Usted, no obstante, arrojó la cruz y abandonó al ser débil a quien debía haber sostenido; arriesgó usted su buen nombre, su reputación, y estuvo a punto de perder la de los demás, para colmo.

SEÑORA ALVING.

¿De los demás? De uno, querrá usted decir.

PASTOR MANDERS.

¿Acaso no fué algo más que desconsiderado venir a mi casa en busca de refugio?

SEÑORA ALVING.

¿A casa de nuestro pastor, de nuestro mejor amigo?

PASTOR MANDERS.

Precisamente por eso. Puede usted dar gracias a Dios de que yo tuve la firmeza necesaria y logré apartarla de sus locas intenciones, restituyéndola al camino del deber y a la casa de su legítimo esposo.

SEÑORA ALVING.

Sí, pastor, ésa fué su obra, lo confirmo.

PASTOR MANDERS.

No fui más que un pobre instrumento en manos del Todopoderoso: Y es de agradecer que el hecho de haber yo conseguido doblegarla a la obediencia se haya transformado en una bendición para el resto de sus días. ¿No se arregló todo como yo predije? ¿No rectificó Alving sus descarríos, conforme cuadra a un hombre digno?... Y desde entonces, ¿no vivió con usted sin cometer la menor falta? ¿No llegó a ser un bienhechor del distrito, y no la elevó a usted misma hasta el punto de convertirla en una colaboradora de todas sus empresas? Una magnífica colaboradora, sí. ¡Oh! lo sé muy bien todo, señora, y debo tributarle este elogio. Pero luego viene el segundo gran error de su vida.

SEÑORA ALVING.

¿Qué quiere usted decir?

PASTOR MANDERS.

Lo mismo que un día renegó usted de sus deberes de esposa, más tarde renegó de sus deberes de madre.

SEÑORA ALVING.

¡Ah!...

PASTOR MANDERS.

Toda su vida ha estado usted dominada por una tendencia fatal a rebelarse, dispuesta siempre a rehuir toda prohibición y toda ley. Jamás ha querido soportar yugos de ninguna clase; todo lo que la estorbaba en la vida lo ha rechazado usted sin piedad ni vacilación, como si se tratara de una carga de la cual podía disponer a su albedrío. Al no agradarle ser esposa, se libró de su marido; al hacérsele fas-

tidioso ser madre, envió a su hijo al extranjero.

SEÑORA ALVING.

Sí, es verdad; lo he hecho.

PASTOR MANDERS.

Y de esa guisa ha llegado usted a convertirse en una extraña para él.

SEÑORA ALVING.

No, no; no lo soy.

PASTOR MANDERS.

Lo es usted, y debe serlo. ¿Cómo ha vuelto Oswaldo a su hogar? Piénselo bien, señora Alving. Cometió usted un gran delito con su esposo, y lo reconoce levantando un monumento a su memoria. Reconozca también el delito que ha cometido con su hijo. Todavía es posible que estemos a tiempo de hacerle reintegrarse a la buena senda. Vuelva usted sobre sus pasos, y regenere lo que aún puede regenerarse en él. Porque (*Alzando el dedo índice.*) la verdad es, señora, que ha sido usted una madre culpable. Creo un deber decirselo.

SEÑORA ALVING. (*Despacio; reprimiéndose.*)

Ha hablado usted ya, señor pastor, y mañana lo hará oficialmente, para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy quiero hacerlo con usted, como lo ha hecho usted conmigo.

PASTOR MANDERS.

Es de suponer que querrá usted disculpar su conducta.

SEÑORA ALVING.

No; sólo voy a referirle ciertos hechos.

PASTOR MANDERS.

Veamos.

SEÑORA ALVING.

De cuánto acaba de decir usted de mí, de mi marido y de nuestra vida conyugal, desde que, según frase suya, me restituyó al camino del deber; de todo esto no ha sabido usted nada por sí mismo, dado que, desde aquel momento, no volvió a poner los pies en nuestra casa el amigo a quien veíamos a diario.

PASTOR MANDERS.

Como se marcharon ustedes en seguida a la ciudad...

SEÑORA ALVING.

Sí, y mientras vivió mi marido, jamás vino usted a vernos aquí... Han sido los asuntos del asilo los que le han obligado a visitarme.

PASTOR MANDERS. *(Con voz insegura.)*

Elena, si eso es un reproche, le pido que reflexione...

SEÑORA ALVING.

...que reflexione sobre las consideraciones que debe usted a su estado. Y asimismo sobre el hecho de que yo era una mujer que había abandonado su hogar. Con mujeres así, nunca se está a bastante distancia.

PASTOR MANDERS.

Querida... señora, creo que exagera usted extraordinariamente.

SEÑORA ALVING.

Sí, sí, sí; admitámoslo. Sólo quería decirle que, cuando juzga mis relaciones conyugales, no hace usted más que asociarse a la opinión pública.

PASTOR MANDERS.

No lo niego. ¿Y qué?

SEÑORA ALVING.

Pero hoy, Manders, quiero decirle la verdad. Me he jurado a mí misma que algún día la sabría usted... usted solo.

PASTOR MANDERS.

¿Y cuál es la verdad?

SEÑORA ALVING.

Esa verdad es que mi esposo murió en el mismo estado de corrupción en que había vivido siempre.

PASTOR MANDERS. *(Buscando el respaldo de una silla para apoyarse.)*

¿Qué dice usted?

SEÑORA ALVING.

El mismo estado de corrupción, después de diecinueve años de matrimonio, como en vísperas de casarnos.

PASTOR MANDERS.

¿A esos extravíos juveniles, a esos desórdenes, a esos excesos, si quiere, llama usted corrupción?

SEÑORA ALVING.

Nuestro médico de cabecera empleaba esa palabra.

PASTOR MANDERS.

Ahora no la comprendo a usted.

SEÑORA ALVING.

Ni es necesario tampoco.

PASTOR MANDERS.

Casi se me va la cabeza. ¿De modo que ese matrimonio, toda una vida en común durante tantos años, no era sino un velo corrido sobre el abismo?

SEÑORA ALVING.

Ni más ni menos. Ya lo sabe usted.

PASTOR MANDERS.

¡No... no puedo acostumbrarme a esa idea! No paso a creerla ni vuelvo de mi asombro. Pero ¿cómo ha sido posible... que...? ¿Cómo ha podido permanecer ignorada una cosa así?

SEÑORA ALVING.

Para conseguirlo he tenido que mantener una lucha incesante. Cuando nació Oswaldo, me pareció notar en Alving cierto cambio favorable; pero no duró mucho. Y hube de luchar doblemente para que nadie averiguase qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Y además, le consta cómo se captaba Alving todos los corazones. Nadie se sentía capaz de pensar algo malo de él. Era una de esas personas cuya vida no perjudicaba a su reputación. Pero entonces, Manders—quiero que también sepa usted esto—, vino lo más abominable.

PASTOR MANDERS.

¿Más abominable aún?

SEÑORA ALVING.

Todo se lo habría consentido, a pesar de conocer al detalle lo que pasaba fuera de casa. Pero cuando se introdujo el escándalo entre estas cuatro paredes...

PASTOR MANDERS.

¿Qué dice usted? ¿En esta casa?

SEÑORA ALVING.

Sí, aquí, en el propio hogar. Ahí *(Señalando la primera puerta de la derecha.)*, en el comedor, fué donde me di cuenta por primera vez. La puerta estaba entreabierta y vi entrar a la doncella que venía del jardín con agua para las flores.

PASTOR MANDERS.

¿Y qué más?

SEÑORA ALVING.

Poco después entró también Alving. Oí cómo decía a la muchacha algo en voz baja. Y luego oí... *(Con una risa aguda.)* ¡Ah! todavía resuenan en mi memoria aquellas palabras desgarrado-

ras y grotescas a la vez... Oí a mi propia doncella murmurar: "¡Suélteme usted, señor; déjeme en paz!"

PASTOR MANDERS.

Ligereza inexcusable por parte de él, pero ligereza a la postre; créame, señora.

SEÑORA ALVING.

No tardé mucho en saber lo que debía creer. El gentilhombre logró sus fines con la muchacha, y el hecho, pastor, trajo consecuencias.

PASTOR MANDERS. *(Como petrificado.)*

¡Y todo en esta casa, en esta casa!

SEÑORA ALVING.

En esta casa he tenido que soportar muchas cosas. Para que se quedase por la noche, tuve que convertirme en su compañera de orgía, allá arriba, en su habitación; tuve que sentarme y beber con él; tuve que escuchar sus indecencias, sus palabras sin sentido; tuve que pelear cuerpo a cuerpo inclusive para arrastrarle a la cama...

PASTOR MANDERS. *(Emocionado.)*

¿Cómo ha podido usted sufrir todo eso?

SEÑORA ALVING.

Hube de hacerlo por mi hijito. Pero cuando supe aquel último escarnio, cuando supe que mi propia criada... me juré a mí misma que acabaría todo aquello. Asumí el mando de la casa, el mando sobre todo... sobre él mismo. Porque, como ya tenía un arma contra él, ¿comprende? no se atrevía a rechistar. Fué entonces cuando saqué a Oswaldo del hogar. Había cumplido siete años, y empezaba a fijarse y a hacer preguntas, como cualquier otro niño de esa edad. Yo no podía tolerar aquella situación, Manders... Pensaba que el

niño se envenenaría sólo con respirar la atmósfera de esta casa mancillada, y por eso le envié afuera. Al cabo comprenderá usted por qué no le he dejado poner los pies aquí mientras ha vivido su padre. Nadie sabe lo que me ha costado.

PASTOR MANDERS.

Hay que convenir en que la ha probado a usted la vida.

SEÑORA ALVING.

Nunca lo habría resistido, si no fuese por tener una tarea que cumplir. Porque, eso sí, puedo decir que he trabajado. Las obras benéficas, el aumento de las tierras, las mejoras, todas las cosas útiles cuya gloria recogió Alving, ¿cree usted que fueron por la menor iniciativa suya? ¡El, que se pasaba el día entero tendido en un sofá, leyendo un anuario atrasado! No, y aun le diré otra cosa; yo era la que fomentaba sus momentos de lucidez, y la que soportaba toda la carga cuando volvía a sus excesos o caía en un marasmo quejumbroso.

PASTOR MANDERS.

¿Y levanta usted un monumento a la memoria de ese hombre?

SEÑORA ALVING.

Vea usted hasta dónde puede llevar una mala conciencia.

PASTOR MANDERS.

¿Una mala...? ¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA ALVING.

Siempre me ha parecido que la verdad había de llegar inevitablemente a descubrirse, que vendría un momento en que todo el mundo la creyera. El orfanato, hasta cierto punto, tiene por objeto apagar todos los rumores y evitar cualquier sospecha.

PASTOR MANDERS.

Pues ha estado usted muy acertada, señora.

SEÑORA ALVING.

Había otra razón más. Yo no quería que mi buen Oswaldo heredara nada de su padre.

PASTOR MANDERS.

¿De manera que con la fortuna de Alving... es con la que...?

SEÑORA ALVING.

Sí; las sumas que todos los años he consagrado al orfanato ascienden—lo he calculado meticulosamente—a una cantidad por la cual se consideraba en sus tiempos al teniente Alving como un buen partido.

PASTOR MANDERS.

Ya comprendo...

SEÑORA ALVING.

Fué el precio de compra... No quiero que ese dinero pase a manos de Oswaldo. Mi hijo debe recibir todo de mí. (Por la segunda puerta de la derecha llega OSWALDO ALVING que ha dejado en el vestíbulo su abrigo y su sombrero. La SEÑORA ALVING, avanzando hacia él:) ¿Ya estás de retorno, hijo mío?

OSWALDO.

Sí, ¿Qué quieres que haga uno fuera, con esta lluvia constante? Pero hay indicios de que vamos a comer. ¡Santa palabra!

REGINA. (Saliendo del comedor con un paquete.)

Ha llegado este paquete para la señora. (Se lo entrega.)

SEÑORA ALVING. (Dirigiendo una mirada al PASTOR MANDERS.)

Presumo que serán las canciones para la fiesta de mañana.

PASTOR MANDERS.

¡Hum!

REGINA.

Y la señora está servida.

SEÑORA ALVING.

Bien; vamos al instante. Sólo quiero... (Empieza a abrir el paquete.)

REGINA. (A OSWALDO.)

¿Desea el señorito, oportuno blanco o tinto?

OSWALDO.

Uno y otro, Regina.

REGINA.

Très bien (1), señorito. (Pasa al comedor.)

OSWALDO.

Voy a ayudarle a descorchar las botellas... (Pasa igualmente al comedor, dejando la puerta entornada.)

SEÑORA ALVING. (Que acaba de abrir el paquete.)

Sí, eso es; aquí están las canciones para la fiesta, señor pastor.

PASTOR MANDERS. (Funtando las manos.)

¿Cómo voy a tener mañana bríos para pronunciar mi discurso?

SEÑORA ALVING.

¡Oh! ya se ingeniará usted.

PASTOR MANDERS. (En voz baja para no ser oído en el comedor.)

El caso es que no debemos provocar ningún escándalo.

(1) En francés en el original.

SEÑORA ALVING. (En voz baja también, aunque firme.)

No; pero... ya ha llegado la hora de terminar esta odiosa comedia. Desde pasado mañana me comportaré como si nunca hubiera vivido el difunto en esta casa. No habrá nadie más que mi hijo y su madre.

(Se oye la caída de una silla en el comedor y una voz áspera a la par que ahogada.)

LA VOZ DE REGINA.

Pero, Oswaldo, ¿estás loco?... ¡Suéltame!

SEÑORA ALVING. (Estremeciéndose, horrorizada.)

¡Oh!... (Se queda con la vista fija en la puerta entreabierta.)

(Se oye toser y canturrear a OSWALDO, mientras descorcha una botella.)

PASTOR MANDERS. (Indignado.)

Pero ¿qué es eso, señora Alving?

SEÑORA ALVING. (Con voz ronca.)

Espectros... La pareja del comedor... que reaparece...

PASTOR MANDERS.

¿Qué dice usted? ¡Regina...! ¿Es ella...?

SEÑORA ALVING.

Sí. Venga usted. ¡Ni una palabra! (Goge del brazo al PASTOR MANDERS y se encamina al comedor con paso vacilante.)

ACTO SEGUNDO

La misma habitación. Como antes, el paisaje se esfuma tras un velo de lluvia.

El PASTOR MANDERS y la SEÑORA ALVING salen del comedor.

SEÑORA ALVING. *(A la puerta todavía.)* Venga a la sala, señor pastor. *(Volviéndose hacia el comedor.)* ¿No vienes, Oswaldo?

OSWALDO. *(Desde dentro.)* No, gracias; voy a dar un paseíto.

SEÑORA ALVING. Haces bien. Parece que ha parado de llover un momento. *(Cierra la puerta del comedor, y se dirige hacia la del invernadero.)* ¡Regina!

REGINA. *(Dentro.)* Mándeme, señora.

SEÑORA ALVING. Baja al cuarto de plancha para arreglar las coronas.

REGINA. Bien, señora. *(La SEÑORA ALVING, cerciorándose de que ha salido REGINA, cierra la puerta.)*

PASTOR MANDERS. *(Aludiendo a OSWALDO.)* ¿No puede oír nada desde donde está?

SEÑORA ALVING. Con la puerta cerrada, no. Además, va a salir en seguida.

PASTOR MANDERS. Aún estoy aturdido; no sé cómo he podido pasar bocado.

SEÑORA ALVING. *(Se pasea de un lado a otro, tratando de dominar su inquietud.)* Lo mismo yo. Pero ¿qué hacer?

PASTOR MANDERS. Sí, ¿qué hacer? Por mi parte, no lo sé; no tengo la menor experiencia en casos como éste...

SEÑORA ALVING. Estoy convencida de que todavía no ha ocurrido nada...

PASTOR MANDERS. No, ¡Dios nos libre! Pero no por eso dejan de ser familiaridades un tanto indecorosas...

SEÑORA ALVING. Puede usted tener la certeza de que todo esto no es sino un capricho de Oswaldo.

PASTOR MANDERS. Ya le he dicho hace un momento que estoy muy poco versado en este género de cosas. No obstante, se me figura que...

SEÑORA ALVING. Ella debe abandonar la casa, y sin tardanza. Eso está claro como la luz.

PASTOR MANDERS. Sí, por supuesto.

SEÑORA ALVING. Pero ¿adónde ha de ir? Nosotros no podemos asumir la responsabilidad de...

PASTOR MANDERS. ¿Adónde? A casa de su padre, como es natural.

SEÑORA ALVING. ¿A casa de quién, dice usted?

PASTOR MANDERS. A casa de su... Mejor dicho, no, es verdad: Engstrand no es su... Pero ¡por Dios, señora! ¿Cómo es posible? Estará usted equivocada.

SEÑORA ALVING. No, no estoy equivocada, por desgracia. Juana tuvo que confesármelo todo, y Alving no lo pudo negar. Así, pues, no quedaba más remedio que echar tierra al asunto.

PASTOR MANDERS. Sin duda, no se podía hacer otra cosa.

SEÑORA ALVING. La muchacha fué despedida en el acto, y recibió una suma considerable, como precio de su silencio. Ella misma se encargó de lo demás cuando llegó a la ciudad. Renovó su antigua amistad con el carpintero Engstrand, y supongo que le dió a entender el mucho dinero que tenía, haciéndole creer una historia respecto a un extranjero que, al parecer, había estado aquí con un yate de recreo aquel verano. Y así fué como se casó Engstrand con ella de la noche a la mañana. Sí, los casó usted mismo.

PASTOR MANDERS. Pero ¿cómo se explica...? Recuerdo perfectamente la actitud de Engstrand cuando vino a arreglar la boda. Estaba tan compungido, acusándose con tanta amargura por la ligereza de que se habían hecho culpables él y su novia...

SEÑORA ALVING. Claro; él tenía que cargar con la culpa.

PASTOR MANDERS. ¡Y toda aquella hipocresía conmigo!... Era algo que no hubiera esperado de Jacobo Engstrand. Pero me oírás; ya puede prepararse. ¡Unas relaciones tan deshonestas! ¡Y por dinero! ¿De qué cantidad disponía la muchacha?

SEÑORA ALVING. De trescientos dalers.

PASTOR MANDERS. ¡Y pensar que por trescientos despreciables dalers se casó con una mujer perdida!

SEÑORA ALVING. Pues ¿qué opinará usted de mí, que me dejé casar con un hombre perdido?

PASTOR MANDERS. Pero, ¡válgame Dios! ¿qué está usted diciendo? ¡Un hombre perdido!...

SEÑORA ALVING. ¿Cree usted que Alving era más puro, cuando yo le acompañé al altar, que Juana cuando se casó con Engstrand?

PASTOR MANDERS. Hay una gran diferencia...

SEÑORA ALVING. No tanto. La única diferencia estaba en el precio. Por un lado, trescientos dalers, y por el otro, una fortuna entera...

PASTOR MANDERS. ¿Cómo puede comparar cosas tan distintas? Usted, al menos, había consultado con su corazón... y con sus parientes.

SEÑORA ALVING. *(Sin mirarle.)* Creí que había usted comprendido cómo se extravió entonces lo que llama mi corazón.

PASTOR MANDERS. (*Extrañado.*)

Si hubiera sabido semejante cosa, no habría visitado a diario la casa de su esposo.

SEÑORA ALVING.

En fin, el caso es que estuve muy lejos de consultarme a mí misma.

PASTOR MANDERS.

Pero, de todos modos, siguió usted el consejo de sus parientes más cercanos: su madre y sus dos tías.

SEÑORA ALVING.

Sí, por cierto. Entre las tres resolvieron el problema por mí. ¡Oh! es increíble lo fácilmente que llegaron a la conclusión de que sería pura locura rechazar una proposición como aquella. Si mi madre levantara la cabeza ahora y viera en qué ha parado todo aquel esplendor...

PASTOR MANDERS.

No se puede hacer responsable del resultado a nadie. Sin embargo, es un hecho que su matrimonio se contrajo estrictamente con los requisitos debidos.

SEÑORA ALVING. (*Al lado de la ventana.*)

¡Cuántos requisitos y cuántas conveniencias! Muchas veces creo que son la causa de todas las desventuras del mundo.

PASTOR MANDERS.

Señora, ahora está usted cometiendo un pecado.

SEÑORA ALVING.

Puede ser; pero no soporto más todas estas trabas y estas consideraciones. ¡No puedo! Tengo que luchar por mi libertad.

PASTOR MANDERS.

¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA ALVING. (*Tamborileando con los dedos en el cristal.*)

Nunca debiera haber ocultado la vida que hacía Alving. Pero no me atrevía a obrar de otro modo... ni aun por mí misma: ¡tan cobarde fui!

PASTOR MANDERS.

¿Cobarde?

SEÑORA ALVING.

Si se hubiera sabido algo, habrían dicho: "¡Pobre hombre! Es comprensible que lleve una vida tan disoluta quien tiene una mujer que le abandona."

PASTOR MANDERS.

Y no les faltaría algo de razón.

SEÑORA ALVING. (*Mirándole con fijeza.*)

Si yo fuese como debiera, llamaría a Oswaldo aparte y le manifestaría: "Escucha, hijo mío; tu padre era un hombre perdido"...

PASTOR MANDERS.

¡Por Dios!

SEÑORA ALVING.

...y le contaría todo lo que acabo de contarle a usted, sin ocultar nada.

PASTOR MANDERS.

Estoy a punto de indignarme con usted, señora.

SEÑORA ALVING.

Sí, ya lo sé, ¡lo sé! Yo misma me indigno pensando en ello. (*Alejándose de la ventana.*) ¡Qué cobarde soy!

PASTOR MANDERS.

Llama usted cobardía a cumplir con su obligación. ¿Ha olvidado cómo un hijo tiene que amar y honrar a su padre y a su madre?

SEÑORA ALVING.

No debemos generalizar tanto. Una pregunta: ¿debe Oswaldo amar y honrar al gentilhombre Alving?

PASTOR MANDERS.

¿No oye usted dentro de su corazón una voz de madre, que le prohíbe derrumbar los ideales de su hijo?

SEÑORA ALVING.

Pero ¿y la verdad?

PASTOR MANDERS.

Pero ¿y los ideales?

SEÑORA ALVING.

¡Oh, los ideales, los ideales! Si no fuese tan cobarde como soy...

PASTOR MANDERS.

No rechace usted los ideales, señora; eso se paga muy caro, sobre todo tratándose de Oswaldo. Por desdicha, Oswaldo no debe de tener muchos ideales. Pero, cuando menos, he podido darle cuenta de que su padre constituye un ideal para él.

SEÑORA ALVING.

En eso tiene usted razón.

PASTOR MANDERS.

Y ha despertado usted misma ese sentimiento por medio de sus cartas.

SEÑORA ALVING.

Sí; estaba esclavizada por el deber y las consideraciones; he mentido a mi hijo año tras año. ¡Ah, cuán cobarde, cuán cobarde he sido!

PASTOR MANDERS.

Ha erigido usted una ilusión en el alma de su hijo, señora, y eso no se debe menospreciar.

SEÑORA ALVING.

¡Hum! ¡Quién sabe si habrá sido un acierto! De cualquier manera, no

quiero tolerar ningún enredo con Regina. No puedo permitir que haga infeliz a la pobre muchacha.

PASTOR MANDERS.

¡No, Dios mío! Eso sería terrible.

SEÑORA ALVING.

Si yo estuviera segura de que sus intenciones eran formales, de que iba en ello su felicidad...

PASTOR MANDERS.

¡Cómo! ¿De ser así...?

SEÑORA ALVING.

Pero no hay tal, porque, desgraciadamente, Regina no se prestaría a ello.

PASTOR MANDERS.

Vamos, concrete. ¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA ALVING.

Si yo no fuese tan lamentablemente cobarde como soy, le diría: "Cásate con ella, o arreglaos como queráis; pero nada de engaños."

PASTOR MANDERS.

¡Dios misericordioso!... ¡Legalizar un matrimonio así!... ¡Es horrendo, inaudito!

SEÑORA ALVING.

Pero ¿lo estima tan inaudito? Con la mano en el corazón, pastor Manders, ¿no cree usted que aquí hay bastantes matrimonios entre consanguíneos no menos cercanos?

PASTOR MANDERS.

No le comprendo a usted.

SEÑORA ALVING.

¡Oh, sí que me comprende!

PASTOR MANDERS.

En suma, se imagina usted el probable caso de que... Sí; para nuestro mal,

modos para leer, ve sus espectros entre las líneas. Me imagino que llenan todo el país, que debe de haber tantos como granos de arena. ¡Y todos tenemos un miedo mísero a la luz!

PASTOR MANDERS.

He aquí el fruto de sus lecturas. ¡Buen fruto, a fe mía! ¡Oh, esas obras tendenciosas y abominables!

SEÑORA ALVING.

Se engaña, querido pastor. Es usted mismo quien me ha inducido a reflexionar, y se lo agradezco.

PASTOR MANDERS.

¿Yo?

SEÑORA ALVING.

Sí. Cuando me condujo por lo que llamaba el razon del deber, cuando ensalzó como admirable y justo lo que sublevaba mi espíritu, empecé a examinar la trama de sus conocimientos. Sólo quería tocar un punto; pero en cuanto ése estuviera suelto, todo se desharía. Y entonces me percaté de que todas sus costuras estaban hechas a máquina.

PASTOR MANDERS. (*Dolido, en voz baja.*)

¿Tal es el premio de lo que fué la batalla más dura de mi vida?

SEÑORA ALVING.

Mejor diría usted su derrota más vergonzosa.

PASTOR MANDERS.

Fué la victoria mayor de mi vida, Elena; la victoria sobre mí mismo.

SEÑORA ALVING.

Fué un crimen contra nosotros dos.

PASTOR MANDERS.

¿Crimen que, cuando un día vino usted a casa completamente descarriada,

me, ¿la obligase a volver al lado de su legítimo esposo?...

SEÑORA ALVING.

Sí, según mi criterio...

PASTOR MANDERS.

Nosotros dos no nos entenderemos nunca.

SEÑORA ALVING.

Por lo menos, no nos entendemos ya.

PASTOR MANDERS.

Jamás... jamás, ni en mis pensamientos más recónditos, la he considerado de distinta manera que como la esposa de otro.

SEÑORA ALVING.

¿Está usted seguro?

PASTOR MANDERS.

¡Elena!

SEÑORA ALVING.

¡Llegamos a olvidarnos de nosotros mismos con tanta facilidad!

PASTOR MANDERS.

Yo, no; soy el de siempre.

SEÑORA ALVING. (*Cambiando de tono.*)

Sí, sí, sí; no hablemos más de los tiempos pasados. Ahora está usted metido hasta el cuello en comisiones y administraciones, y yo estoy aquí luchando contra espectros de dentro y de fuera.

PASTOR MANDERS.

Le ayudaré a vencer a los de fuera. Después de todo lo que hoy, con tanto horror, he tenido que escuchar de usted, mi conciencia no me permite que una muchacha indefensa permanezca en su casa.

PASTOR MANDERS. (*Paseándose.*)
¿Qué? ¿Quiere usted hablar conmigo?

ENGSTRAND.
Sí, tengo mucho interés en ello...

PASTOR MANDERS. (*Deteniéndose delante de él.*)

Bien; ¿de qué se trata?

ENGSTRAND.
Pues mire, señor pastor: ya están pagando allá abajo. (*Dirigiéndose a la SEÑORA ALVING.*) Muchísimas gracias, señora. Y ahora que hemos acabado, me parece que sería muy conveniente que los que hemos trabajado juntos todo este tiempo... pudiéramos terminar con una pequeña reunión piadosa.

PASTOR MANDERS.
¿Una reunión? ¿En el orfanato?

ENGSTRAND.
Eso es, siempre que lo juzgue oportuno el señor pastor...

PASTOR MANDERS.
Sí, ciertamente, lo juzgo oportuno; pero... ¡Ejem!

ENGSTRAND.
Yo mismo solía organizar algunas reuniones por la noche...

SEÑORA ALVING.
¿Usted?

ENGSTRAND.
Sí, de cuando en cuando; algún ejercicio devoto. Pero soy un hombre insignificante y ordinario, y no tengo las dotes necesarias... De modo que he pensado que, como el pastor Manders está aquí, pues...

PASTOR MANDERS.
Verá usted, Engstrand; primero tengo que hacerle una pregunta. ¿Está us-

ted con el ánimo dispuesto para una reunión de esa clase? ¿Tiene la conciencia libre y tranquila?

ENGSTRAND.
¡Ay, Dios me ampare!... Más vale no hablar de la conciencia, señor pastor.

PASTOR MANDERS.
Pues de eso hablaremos justamente. ¿Qué tiene usted que alegar?

ENGSTRAND.
¡Oh! la conciencia... a veces puede estar empecatada...

PASTOR MANDERS.
Menos mal que lo reconoce usted. Pero ¿quiere decirme sin rodeos qué historia es esa de Regina?

SEÑORA ALVING.
¡Pastor Manders!

PASTOR MANDERS. (*Tranquilizador.*)
Déjeme usted obrar.

ENGSTRAND.
¿Regina? ¡Jesús! me da usted miedo... (*Mirando a la SEÑORA ALVING.*) ¿No le habrá sucedido nada malo a Regina?...

PASTOR MANDERS.
Eso esperamos. Pero hablo de su situación con respecto a ella. Usted pasa por su padre ¿no?

ENGSTRAND. (*Inseguro.*)
Sí... bueno... el señor pastor ya sabe lo que ocurrió entre mi difunta Juana y yo.

PASTOR MANDERS.
No hace falta ocultar la verdad por más tiempo. Su mujer informó a la señora Alving de todo antes de dejar su servicio.

ENGSTRAND.
¡Ah! ¿conque...? ¿Hizo eso?

PASTOR MANDERS.
Está usted desenmascarado, Engstrand.

ENGSTRAND.
¡Y ella, que juraba por lo más sagrado que...!

PASTOR MANDERS.
¿Por lo más sagrado?

ENGSTRAND.
No, juraba solamente; pero cualquiera creería que era sincera...

PASTOR MANDERS.
Y durante todos estos años ha estado ocultándome usted la verdad. Me la ha ocultado a mí, que tenía una confianza absoluta en usted.

ENGSTRAND.
Lo he hecho, sí, por mi malaventura.

PASTOR MANDERS.
¿Es eso lo que yo he merecido de usted, Engstrand? ¿No he estado siempre propicio a ayudarle con consejos y de hecho hasta donde me ha sido posible? ¡Responda! ¿No es así?

ENGSTRAND.
No habría sido fácil para mí salir de apuros muchas veces si no hubiera tenido al señor pastor.

PASTOR MANDERS.
Y a pesar de ello, me paga usted haciéndome registrar falsas inscripciones en los libros de la parroquia, y después, ocultando durante años las informaciones que debía a la verdad y a mí. Su conducta ha sido de todo punto inexcusable, Engstrand, y desde ahora hemos terminado.

ENGSTRAND. (*Con un suspiro.*)
Sí, ya lo veo.

PASTOR MANDERS.
Porque ¿cómo podría usted justificarse?

ENGSTRAND.
Pero ¿es posible que ella se haya rebajado aún más confesando su vergüenza? Señor pastor, suponga por un momento que está en el caso de mi difunta Juana...

PASTOR MANDERS.
¿Yo?

ENGSTRAND.
Vamos, es una figuración. Quiero decir que, por ejemplo, si el señor pastor tuviese algo de que avergonzarse, algo que ocultar a los ojos de los demás, como tantos... Nosotros los hombres no debemos juzgar con demasiada severidad a una mujer caída.

PASTOR MANDERS.
Pero si no acuso a su mujer; ¿es a usted a quien acuso!

ENGSTRAND.
¿Me permite hacerle una sola pregunta, señor pastor?

PASTOR MANDERS.
Hágala ya.

ENGSTRAND.
¿No tiene un hombre el deber de levantar al caído?

PASTOR MANDERS.
Sí, evidentemente.

ENGSTRAND.
¿Y no está obligado un hombre a cumplir su palabra?

PASTOR MANDERS.

Sí, en efecto; pero...

ENGSTRAND.

Cuando su percance con aquel inglés, americano, ruso o lo que fuera, Juana marchó a la ciudad. La pobre me había rechazado un par de veces, porque ella sólo tenía ojos para lo bonito, y yo, claro, con el defecto este de la pierna... Un día, ya lo sabe el señor pastor, me dió la idea de ir a un baile donde había unos marineros de jarana y emborrachándose. Cuando, a la vista de aquel espectáculo quise amonestarlos para que cambiasen de vida...

SEÑORA ALVING. (*Desde la ventana.*)

¡Hum!...

PASTOR MANDERS.

Lo sé, Engstrand: aquellos hombres soeces le tiraron por la escalera. Me lo ha contado usted, que lleva su defecto con honra.

ENGSTRAND.

No es que presuma de ello, señor pastor. Lo que quería decir es que entonces llegó ella y se confió a mí, llorando y rechinando los dientes. Créame, señor pastor, que me daba mucha pena oír sus quejas.

PASTOR MANDERS.

¿De veras, Engstrand? ¿Y qué más?

ENGSTRAND.

Entonces le dije: "El americano navega por esos mares de Dios, y tú, Juana, has cometido un pecado y te has perdido. Pero aquí está Jacobo Engstrand—añadí—, aquí está, firme sobre sus dos pies." Vamos, lo decía en sentido figurado, señor pastor.

PASTOR MANDERS.

Me lo supongo. Siga usted.

ENGSTRAND.

Así, pues, la levanté y me casé con ella ante todo el mundo, para que nadie supiera su caída con un extranjero.

PASTOR MANDERS.

Todo eso ha sido una acción muy meritoria de usted. Lo único que no puedo aprobar es que se rebajase a aceptar dinero...

ENGSTRAND.

¿Dinero? ¿Yo? ¡Ni por asomo!

PASTOR MANDERS. (*Con una mirada interrogativa a la SEÑORA ALVING.*)

Pero...

ENGSTRAND.

¡Ah, sí!... Aguarde; ahora recuerdo. Juana tenía algún dinerillo. Pero yo no quise saber nada de aquello. "¡Quita! —dije—; ése es el precio del pecado. Ese oro miserable, o esos billetes, o lo que fuese... eso se devuelve al americano." Pero él estaba lejos y había desaparecido sobre el mar bravío, señor pastor.

PASTOR MANDERS.

¿Es cierto eso, mi buen Engstrand?

ENGSTRAND.

Por de contado, señor pastor. Y a la sazón Juana y yo acordamos que aquel dinero tenía que emplearse en la crianza de la niña. Así fué, y puedo rendir cuentas hasta del último skilling (1).

PASTOR MANDERS.

Eso ya modifica el asunto considerablemente.

ENGSTRAND.

Pues así fué, señor pastor. Y a la postre me atrevo a decir que he sido

(1) Moneda infima.

un buen padre para Regina, hasta donde han llegado mis fuerzas, claro está..., porque soy un hombre inválido, por mi mala suerte.

PASTOR MANDERS.

Vamos, vamos, querido Engstrand...

ENGSTRAND.

Y puedo asegurar que he educado a la niña y he vivido en compañía de mi difunta Juana con toda decencia y honestidad, como está escrito. Pero jamás habría querido ir al señor pastor alabándome de haber llevado a cabo una buena acción por mi cuenta en este mundo. No; cuando le pasan esas cosas, Jacobo Engstrand se calla. Desdichadamente, no acontece eso muy a menudo, y cuando voy a ver al señor pastor tengo más que bastante con hablar de mis malas acciones y debilidades. Porque, repito lo que dije hace poco: la conciencia puede encontrarse empecatada alguna que otra vez.

PASTOR MANDERS.

Déme usted su mano, Engstrand.

ENGSTRAND.

¡Jesús mío, señor pastor!

PASTOR MANDERS.

Nada de pretextos. (*Estrechándole la mano.*) ¡Vaya!

ENGSTRAND.

¿Y si pidiera humildemente perdón al señor pastor?

PASTOR MANDERS.

¿Usted? No; todo lo contrario: soy yo el que debe pedirselo a usted...

ENGSTRAND.

¡No, santo Dios! Eso, no.

PASTOR MANDERS.

Le digo que sí, y lo hago con toda el alma. Perdóneme que haya sido ca-

paz de juzgarle tan erróneamente. Y si pudiera mostrarle mi sincero arrepentimiento y mi confianza...

ENGSTRAND.

¿Lo haría usted, señor pastor?

PASTOR MANDERS.

Con mucho gusto.

ENGSTRAND.

¿Sí? Es que ahora tendría usted ocasión de hacerlo. Con el bendito dinero que he ahorrado aquí, pienso fundar un hogar marino en la ciudad.

SEÑORA ALVING.

¿Quiere usted...?

ENGSTRAND.

Sí, una especie de asilo. ¡Los marineros están expuestos a tantas tentaciones cuando ponen pie en tierra! Pero en mi hogar podrían estar como bajo la vigilancia de un padre, he pensado.

PASTOR MANDERS.

¿Qué dice usted a eso, señora Alving?

ENGSTRAND.

No dispongo de mucho; pero si, Dios mediante, consiguiera una ayuda caritativa, pues...

PASTOR MANDERS.

Sí, sí; lo estudiaremos despacio. Su proyecto me agrada sobremanera. Pero por el momento vaya usted adelante y prepare esa reuñoncita; enciendan velas para que todo sea lo más jubiloso posible. Vamos a pasar un rato edificante juntos, mi querido Engstrand, porque ya sí creo que está usted en buena disposición.

ENGSTRAND.

Eso me parece también. ¡Ea! adiós, señora. Muchas gracias por todo, y

cuídeme bien a Regina. (*Secándose una lágrima.*) Es extraño... pero la hija de mi pobre Juana ha echado raíces en mi corazón. ¡Ya lo creo que sí! (*Saluda y vase por donde ha venido.*)

PASTOR MANDERS.

¿Qué dice usted ahora de este hombre, señora? La explicación que ha dado es bastante diferente de la obra.

SEÑORA ALVING.

Sí, efectivamente.

PASTOR MANDERS.

Ya ve usted la extremada prudencia que conviene tener antes de juzgar al prójimo. Pero, en cambio, ¡qué alegría poder reconocer la propia equivocación! ¿No lo cree usted así?

SEÑORA ALVING.

Creo que es usted un niño grande, Manders.

PASTOR MANDERS.

¿Yo?

SEÑORA ALVING. (*Poniendo su manos sobre los hombros del pastor.*)

Y digo, por añadidura, que me entran unos deseos locos de echarle los brazos al cuello.

PASTOR MANDERS. (*Retrocediendo vivamente.*)

¡No, no; Dios no lo quiera! ¡Qué ocurrencias las tuyas!...

SEÑORA ALVING. (*Con una sonrisa.*)

No debe usted asustarse de mí.

PASTOR MANDERS. (*Acercándose a la mesa.*)

A veces tiene usted un modo tan exagerado de expresarse... Voy a recoger los documentos y a guardarlos en la cartera. (*Lo hace según dice.*)

Hasta dentro de un rato. No deje de vigilar a Oswaldo cuando vuelva. No tardaré mucho. (*Toma su sombrero y vase por la puerta del vestíbulo.*)

SEÑORA ALVING. (*Da un suspiro, mira un momento por la ventana, arregla un poco la habitación y se dirige al comedor; pero se detiene a la puerta ahogando un grito.*)

¡Oswaldo! ¿Todavía a la mesa?

OSWALDO. (*Desde el comedor.*)

Estoy apurando mi cigarro, nada más.

SEÑORA ALVING.

Creí que habías ido a pasearte por la carretera.

OSWALDO.

¿Con este tiempo? (*Se oye un choque de vasos. La SEÑORA ALVING deja la puerta abierta y se sienta con su labor de punto en el sofá cerca de la ventana. OSWALDO habla desde dentro.*) ¿No es el pastor Manders quien ha salido hace un momento?

SEÑORA ALVING.

Sí; iba al orfanato.

OSWALDO.

¡Hum!... (*Se oye el tintineo de una botella y un vaso.*)

SEÑORA ALVING. (*Mirando con inquietud.*)

Querido Oswaldo, deberías tener cuidado con ese licor; es fuerte.

OSWALDO.

Es bueno para la humedad.

SEÑORA ALVING.

¿No quieres venir aquí conmigo?

OSWALDO.

Como no puedo fumar ahí dentro...

SEÑORA ALVING.

Sabes de sobra que puedes fumar un cigarro.

OSWALDO.

Bien, bien; ahora voy. Sólo una gota más... (*Entra en el salón, cerrando la puerta. Corta pausa.*) ¿Dónde está el pastor?

SEÑORA ALVING.

Acabo de decirte que ha ido al orfanato.

OSWALDO.

¡Ah, sí! Ya me acuerdo.

SEÑORA ALVING.

No deberías quedarte tanto tiempo a la mesa, Oswaldo.

OSWALDO. (*Con el cigarro a la espalda.*)

Pero si es muy agradable, madre. (*Acariciándola.*) Piensa en lo que significa para mí, recién llegado a casa, sentarme a la mesa de mi madre, en el comedor de mi madre, saboreando los deliciosos guisos de mi madre...

SEÑORA ALVING.

¡Hijo de mi vida!

OSWALDO. (*Impaciente, paseando de un lado a otro.*)

Además, ¿en qué voy a entretenerme aquí? No puedo hacer nada.

SEÑORA ALVING.

¿Tú crees?

OSWALDO.

¿Con un tiempo tan triste? ¿Sin un rayo de sol en todo el día? (*Paseándose.*) ¡Oh, no poder trabajar...!

SEÑORA ALVING.

¿No te habrás precipitado al regresar?

OSWALDO.

No, madre; era forzoso.

SEÑORA ALVING.

Prefiero mil veces prescindir de la dicha de tenerte conmigo a verte así...

OSWALDO. (*Parándose al lado de la mesa.*)

Pero dime, madre: ¿es realmente una dicha tan grande volver a tenerme contigo?

SEÑORA ALVING.

Sí; para mí es una dicha.

OSWALDO. (*Arrugando un periódico.*)

A mi entender, debiera darte casi lo mismo que esté yo como que no.

SEÑORA ALVING.

¿Y tienes corazón para decir eso a tu madre, Oswaldo?

OSWALDO.

Pues has podido muy bien vivir sin mí hasta hoy.

SEÑORA ALVING.

Sí, he podido vivir sin ti, es verdad. (*Silencio. Empieza lentamente a anochecer. OSWALDO sigue paseándose. Tira el cigarro.*)

OSWALDO. (*Deteniéndose junto a la SEÑORA ALVING.*)

Madre, ¿me dejas sentarme a tu lado en el sofá?

SEÑORA ALVING. (*Haciendo sitio a OSWALDO.*)

Sí; ven aquí, hijo mío.

OSWALDO. (*Se sienta.*)

Tengo que decirte algo, madre.

SEÑORA ALVING. (*Intrigada.*)

¿Qué?

OSWALDO. (*Mirando vagamente ante sí.*)
No puedo resistir más.

SEÑORA ALVING.
¿Resistir? ¿Qué hay?

OSWALDO. (*Como antes.*)
No he tenido valor para escribirte, y desde que vine a casa...

SEÑORA ALVING. (*Cogiéndole un brazo.*)
¿Qué es, Oswaldo?

OSWALDO.
Ayer y hoy he procurado librarme de mis pensamientos... deshacerme de ellos. Pero en balde...

SEÑORA ALVING. (*Levantándose.*)
¡Oswaldo, vas a hablarle con toda franqueza!

OSWALDO (*La obliga a sentarse otra vez.*)
Quédate sentada. Lo intentaré... Me he quejado de cansancio después del viaje...

SEÑORA ALVING.
Sí, ¿y qué?

OSWALDO.
Pero no es eso lo que me aqueja; no es un cansancio ordinario...

SEÑORA ALVING. (*Intentando levantarse.*)
¡Por Dios, Oswaldo! ¿No estarás enfermo?

OSWALDO. (*Haciéndola sentarse de nuevo.*)
Quédate sentada, madre. Tómallo con calma. No es una enfermedad determinada... lo que se llama una enfermedad. (*Juntando las manos sobre la cabeza.*) ¡Madre, estoy moralmente des-

hecho! ¡Soy hombre perdido! ¡Jamás podré volver a trabajar! (*Se cubre el rostro con las manos y se echa en el regazo de su madre sollozando.*)

SEÑORA ALVING. (*Pálida y temblorosa.*)
¡Oswaldo! ¡Mírame! No, no; eso no puede ser.

OSWALDO. (*Mirándola con desesperación.*)
¡Jamás volveré a trabajar! ¡Jamás, jamás! ¡Estar como enterrado en vida! Madre, ¿puedes imaginarte algo más horrible?

SEÑORA ALVING.
¡Pobre hijo mío! ¿Cómo ha podido sobrevenirte ese horror?

OSWALDO. (*Irguiéndose en su asiento.*)
Eso mismo es lo que no puedo desentrañar. Yo no he llevado una vida borrascosa en ningún sentido. Créeme madre. Nunca lo he hecho.

SEÑORA ALVING.
Pero si te creo, Oswaldo.

OSWALDO.
Y a pesar de todo, estoy así. ¡Es una desventura terrible!

SEÑORA ALVING.
¡Oh! eso se pasará, hijo de mi alma. Sólo es un exceso de trabajo, no lo dudes.

OSWALDO. (*Gravemente.*)
Yo también lo creí de primera intención; pero no es lo que sospechaba.

SEÑORA ALVING.
Cuéntamelo todo, desde el principio hasta el fin.

OSWALDO.
Iba a hacerlo.

SEÑORA ALVING.
¿Y cuándo lo notaste por primera vez?

OSWALDO.
Cuando llegué a París, después de mi última estancia aquí. Empecé a sentir unos dolores fortísimos de cabeza, en el occipucio principalmente, como si me hubieran ajustado al cráneo un estrecho aro de hierro desde la nuca hasta la coronilla.

SEÑORA ALVING.
¿Y qué más?

OSWALDO.
Al pronto creí que no era otra cosa que el dolor de cabeza que me había hecho sufrir tanto durante mi crecimiento.

SEÑORA ALVING.
Sí, sí...

OSWALDO.
Pues bien; no era eso. En breve lo comprendí. No podía trabajar ya. Quería empezar un gran cuadro; pero fue cual si me hubiesen abandonado mis facultades; mis fuerzas todas estaban como paralizadas; no podía concentrarme en nada fijo. Me daban vértigos... todo lo veía confuso. ¡Oh! era una situación deplorable. Por fin mandé venir al médico, y él me lo explicó todo.

SEÑORA ALVING.
¿Qué quieres decir?

OSWALDO.
Era uno de los primeros médicos de allí. Hube de puntualizarle cuanto sentía, y entonces empezó a hacerme una porción de preguntas que, a mi juicio, no tenían nada que ver con mi estado. No comprendía adónde quería ir a parar con aquello.

SEÑORA ALVING.
Continúa.

OSWALDO.
Terminó por decirme: "Tiene usted algo *vermoulu* (1) desde su nacimiento." Es la palabra francesa que empleó.

SEÑORA ALVING. (*Ansiosa.*)
¿Qué querría decir con eso?

OSWALDO.
Yo tampoco lo entendí, y le rogué que me lo aclarara con más detalle. Al cabo el viejo cínico me dijo... (*Cerrando el puño.*) ¡Oh!...

SEÑORA ALVING.
¿Qué te dijo?

OSWALDO.
Dijo: "Los hijos pagan los pecados de los padres."

SEÑORA ALVING. (*Levantándose lentamente.*)
¡Los pecados de los padres!...

OSWALDO.
Ganas me daban de abofetearle...

SEÑORA ALVING. (*Paseándose.*)
Los pecados de los padres...

OSWALDO. (*Sonriendo con tristeza.*)
Sí, ¿qué te parece? Naturalmente, le aseguré que no se podía pensar semejante cosa. ¿Crees que se dió por vencido? Nada de eso; se mantuvo en lo que había dicho, y sólo cuando le enseñé tus cartas y le traduje todos los párrafos que trataban de mi padre...

SEÑORA ALVING.
¿Entonces...?

(1) Carcomido. En francés en el original.

OSWALDO.

Sí, entonces no tuvo más remedio que confesar que se había equivocado. Y así fué cómo logré saber la verdad, la increíble verdad. Hubiera debido abstenerme de aquella alegre vida de juventud... ¡Había abusado de mis fuerzas! De modo que por mi propia culpa...

SEÑORA ALVING.

¡No, Oswaldo, no lo creas!

OSWALDO.

Según él, no había otra explicación, y eso es lo terrible. ¡Perdido sin remedio para toda la vida, por mi propia ligereza! Todo lo que yo había logrado realizar... ya no me atrevo a esperar, ni aun a soñarlo. ¡Ah, si pudiese volver a vivir, hacer que nada hubiera pasado! *(Se arroja de bruces en el sofá. La SEÑORA ALVING se retuerce las manos y pasea por la estancia en una lucha muda. OSWALDO, transcurridos unos instantes, levanta la cabeza y permanece apoyado en el codo.)* ¡Si hubiese sido siquiera una herencia... algo de lo que yo no tuviera la culpa! Pero esto... haber derrochado la propia felicidad, la salud, todo... el porvenir, la vida... ¡Y de una manera tan vergonzosa, tan irreflexiva!

SEÑORA ALVING.

No, no, hijo mío... eso es imposible. *(Inclinándose hacia él.)* No es el caso tan desesperado como crees.

OSWALDO.

¡Ah! tú no sabes... *(Se levanta de un salto.)* ¡Y para colmo, madre, causarte a ti este dolor! Muchas veces he sentido deseos de que, en el fondo, no me quisieras mucho.

SEÑORA ALVING.

¿Yo, Oswaldo? ¡Mi único hijo, lo

único que tengo en este mundo, mi único cariño!

OSWALDO. *(Toma las manos de su madre y las besa.)*

Sí, sí; bien lo veo. Cuando estoy en casa, lo veo. Y eso es lo más triste para mí... Pero ya lo sabes, y no volveremos a hablar de ello por hoy. No; me abruma considerarlo mucho tiempo seguido. *(Paseándose.)* Búscame algo de beber, madre.

SEÑORA ALVING.

¿Beber? ¿Qué deseas beber a estas horas?

OSWALDO.

Lo que sea. ¿Tienes ponche frío en casa?

SEÑORA ALVING.

Sí; pero querido Oswaldo...

OSWALDO.

¡No te opongas, madre! Por favor, necesito algo para poder ahogar todos estos pensamientos que me consumen. *(Entra en el invernadero.)* ¡Y por añadidura, esta oscuridad que siempre reina aquí! *(La SEÑORA ALVING ira del cordón de la campanilla, que está en el lateral derecho.)* ¡Y esta lluvia pertinaz!... Durante semanas y meses enteros, sin parar. ¡Ni un rayo de sol nunca! De todas las veces que he estado aquí, no recuerdo un día en que haya hecho sol.

SEÑORA ALVING.

Oswaldo, ¿estás pensando en marcharte?

OSWALDO.

¿Eh?... *(Respira dificultosamente.)* No pienso en nada. No quiero pensar en nada. *(Bajando la voz.)* Renuncio a todo.

REGINA. *(Que sale del comedor.)*

¿Ha llamado la señora?

SEÑORA ALVING.

Sí; tráenos la lámpara.

REGINA.

En seguida, señora. Ya está encendida. *(Vase.)*

SEÑORA ALVING. *(Acercándose.)*

Oswaldo, no seas reservado conmigo.

OSWALDO.

No lo soy, madre. *(Se dirige a la mesa.)* Creo que te he contado bastantes cosas.

(REGINA trae la lámpara y la deja sobre la mesa.)

SEÑORA ALVING.

Oye, Regina, ¿quieres servirnos media botella de champaña?

REGINA.

Sí, señora. *(Vase otra vez.)*

OSWALDO. *(Tomando entre sus manos la cabeza de la SEÑORA ALVING.)*

Así debe ser. Ya sabía yo que mi madre no podía dejar que tuviera sed su hijo.

SEÑORA ALVING.

¡Pobre Oswaldo! ¿Cómo iba yo a negarte nada ahora?

OSWALDO. *(Animándose.)*

¿De veras, madre? ¿En serio?

SEÑORA ALVING.

¡Cómo! ¿Qué?

OSWALDO.

¿Que no me negarías nada?

SEÑORA ALVING.

Pero, querido Oswaldo...

OSWALDO.

¡Chis!...

REGINA. *(Colocando sobre la mesa una bandeja con una botella de champaña y dos copas.)*

¿La descorcho?

OSWALDO.

No, gracias; yo mismo lo haré. *(REGINA vuelve a irse.)*

SEÑORA ALVING. *(Sentándose a la mesa.)*

¿Cómo decías?... ¿Que no debía yo negarte nada?

OSWALDO. *(Ocupado en abrir la botella.)*

Por lo pronto, una... o dos copas. *(Salta el corcho. Llena una copa e intenta llenar la otra.)*

SEÑORA ALVING. *(Tapándola con la mano.)*

No, gracias... para mí, no.

OSWALDO.

Pues para mí, entonces. *(Vacía la copa, la llena de nuevo, vuelve a vaciarla y luego se sienta a la mesa.)*

SEÑORA ALVING. *(A la expectativa.)*

Y ahora, ¿qué?

OSWALDO. *(Sin mirarla.)*

Oye: me ha parecido que tú y el pastor Manders estabais muy extraños a la mesa... tan callados los dos...

SEÑORA ALVING.

¿Lo has notado?

OSWALDO.

Sí. *(Tras de un corto intervalo.)* Díme... ¿qué opinas de Regina?

SEÑORA ALVING.

¿Que qué opino?

OSWALDO.
Sí; ¿verdad que es soberbia?

SEÑORA ALVING.
Querido Oswaldo, tú no la conoces tan a fondo como yo.

OSWALDO.
¿Y qué?

SEÑORA ALVING.
Para desgracia suya, ha permanecido demasiado tiempo en su casa. Debí acogerla antes aquí.

OSWALDO.
Sí; pero ¿no es soberbia, madre? (Llena su copa.)

SEÑORA ALVING.
Regina tiene muchos y grandes defectos...

OSWALDO.
¡Ya, ya! ¿Y qué importa eso? (Bebe todavía.)

SEÑORA ALVING.
A pesar de todo, la quiero y soy responsable de ella. Por nada del mundo contribuiría a que le sucediera nada malo.

OSWALDO. (Levantándose bruscamente.)
¡Madre, Regina es mi única salvación!

SEÑORA ALVING.
¿Qué intentas decir?

OSWALDO.
Yo no puedo estar aquí, soportando a solas este tormento.

SEÑORA ALVING.
¿No tienes aquí a tu madre para soportarlo contigo?

OSWALDO.
Sí, eso había esperado, y por lo mismo vine a casa contigo. Pero veo que no puede ser de esta manera. ¡No puedo resistir estar aquí toda mi vida!

SEÑORA ALVING.
¡Oswaldo!

OSWALDO.
Tengo que vivir de otro modo, madre. Por eso es necesario que me vaya de tu lado. No puedo permitir que estés presenciando de continuo este espectáculo.

SEÑORA ALVING.
¡Pobre hijo! Pero, Oswaldo, mientras estés tan enfermo...

OSWALDO.
Si sólo se tratara de la enfermedad, me quedaría contigo, madre, porque tú eres el mejor amigo que he tenido en el mundo.

SEÑORA ALVING.
¿Verdad que sí, Oswaldo? ¡Sí que lo soy!

OSWALDO. (Paseándose, intranquilo.)
Pero hay, además, todas estas torturas, estos arrepentimientos... y en fin, una angustia mortal, tan grande... ¡Oh, esta angustia espantosa!...

SEÑORA ALVING. (Siguiéndole.)
¿Angustia? ¿Qué angustia? ¿A qué te refieres?

OSWALDO.
¡Ay! no me preguntes más. No lo sé. No puedo explicártelo. (La SEÑORA ALVING se dirige a la derecha y tira del cordón de la campanilla.) ¿Qué quieres?

SEÑORA ALVING.
Quiero que mi hijo esté contento. No quiero que lo vea negro todo. (A

REGINA, que aparece a la puerta.) Una botella entera. (Vase REGINA.)
acuerdo—le repliqué yo—; a lo mejor... ¡quién sabe!...” o algo por el estilo.

OSWALDO.
¡Madre!

SEÑORA ALVING.
¿Crees que no sabemos vivir acá?

OSWALDO.
¿No es soberbia? ¡Y qué bien formada! Respira salud por todos sus poros.

SEÑORA ALVING. (Sentándose a la mesa.)
Siéntate, Oswaldo, y vamos a hablar tranquilamente.

OSWALDO. (Se sienta.)
Es que tú no sabes, madre; tengo que reparar una injusticia cometida con Regina.

SEÑORA ALVING.
¿Tú?

OSWALDO.
O una pequeña imprudencia, como quieras llamarla. Muy inocente, por lo demás. La última vez que estuve en casa...

SEÑORA ALVING.
¿Eh?

OSWALDO.
...me preguntaba ella con frecuencia cosas de París, y le conté alguna historia que otra a ese respecto. Recuerdo que un día acabé por decirle: “¿No le gustaría a usted ir allá?”

SEÑORA ALVING.
¿Y ella?

OSWALDO.
Se puso toda encarnada y afirmó: “Sí, me gustaría muchísimo.” “De

SEÑORA ALVING. (*Extrañada.*)
¿La alegría de vivir? ¿Puede haber salvación en eso?

REGINA. (*Saliendo del comedor con una botella de champaña.*)
Perdone que haya tardado tanto; pero tuve que bajar a la bodega. (*Deja la botella sobre la mesa.*)

OSWALDO.
Y ahora trae una copa más.

REGINA. (*Mirándole, sorprendida.*)
Ahí está la copa de la señora, señorito.

OSWALDO.
Sí; pero trae una copa para ti, Regina. (*REGINA se estremece y mira con timidez a la SEÑORA ALVING.*) ¡Vamos!

REGINA. (*Vacilante, en voz baja.*)
¿Con permiso de la señora?

SEÑORA ALVING.
Trae la copa, Regina.
(*REGINA pasa al comedor.*)

OSWALDO. (*Siguiéndola con la mirada.*)
¿Has notado qué andares? Tan firmes y tan resueltos...

SEÑORA ALVING.
¡Eso no puede ser, Oswaldo!

OSWALDO.
Está decidido, ya lo ves. Es inútil contradecirme. (*Entra REGINA con una copa, que conserva en la mano.*) Siéntate, Regina.
(*REGINA interroga con la mirada a la SEÑORA ALVING.*)

SEÑORA ALVING.
Siéntate. (*REGINA se sienta junto a la puerta del comedor, con la copa en la mano.*) Oswaldo, ¿qué decías antes de la alegría de vivir?

OSWALDO.
Sí, la alegría de vivir. En este país la conocéis apenas. Yo nunca la he sentido aquí.

SEÑORA ALVING.
¿Ni cuando estás conmigo?

OSWALDO.
Ni aun estando contigo. Pero tú no lo comprendes.

SEÑORA ALVING.
Sí, sí; hoy creo que lo comprendo...

OSWALDO.
¡Y la alegría del trabajo! En el fondo, es lo mismo; pero también la ignoráis vosotros.

SEÑORA ALVING.
Acaso tengas razón, Oswaldo. Vuélve a hablarme de eso.

OSWALDO.
Oye: creo que aquí está la gente acostumbrada a considerar el trabajo como una maldición, como el castigo de nuestros pecados, y la vida, como algo doloroso, de lo cual debemos librarnos cuanto antes.

SEÑORA ALVING.
Sí, un valle de lágrimas. Y bien mirado, somos nosotros los que la hacemos así.

OSWALDO.
Pues allá la gente no quiere saber nada de eso, y no hay nadie que crea ciegamente en tales doctrinas. El mejor hecho de existir en este mundo se considera allá como una verdadera felicidad. Madre, ¿no has advertido que cuanto he pintado se relacionaba con la alegría de vivir? Alegría de vivir siempre y por doquiera. Allá todo es luz, sol y aire de fiesta. Todas las caras están radiantes de placer. Por eso tengo miedo de quedarme en casa.

SEÑORA ALVING.
¿Miedo?... ¿De qué tienes miedo en casa?

OSWALDO.
Tengo miedo de que todo lo bueno que llevo dentro se trueque aquí en malo...

SEÑORA ALVING. (*Mirándole fija.*)
¿Crees que podría ocurrir eso?

OSWALDO.
Estoy seguro por completo. Aun viviendo aquí la misma vida que allá, no sería lo mismo.

SEÑORA ALVING. (*Que ha escuchado abriendo unos ojos pensativos, se levanta y dice:*)
Ya veo todo el encadenamiento.

OSWALDO.
¿Qué es lo que ves?

SEÑORA ALVING.
Por primera vez lo veo, y ahora puedo hablar.

OSWALDO. (*Levantándose.*)
No te entiendo, madre.

REGINA. (*Que también se ha levantado.*)
¿Será mejor que me vaya?

SEÑORA ALVING.
No; quédate aquí. Ahora puedo hablar. Ahora, hijo mío, vas a saberlo todo. Y podrás tomar una decisión. ¡Oswaldo! ¡Regina!...

OSWALDO.
¡Cállate! El pastor...

PASTOR MANDERS. (*Entrando por el vestíbulo.*)
¡Vaya, vaya! Acabamos de pasar un rato sumamente agradable.

OSWALDO.
Nosotros también.

PASTOR MANDERS.
Hay que ayudar a Engstrand en ese hogar de marinos. Regina tiene que ir con él para serle útil.

REGINA.
No; gracias, señor pastor.

PASTOR MANDERS. (*Reparando en la presencia de REGINA.*)
¡Cómo!... ¿Aquí?... ¡Y con una copa en la mano!

REGINA. (*Soltando al punto la copa.*)
¡Perdón!

OSWALDO.
Regina se marcha conmigo, señor pastor.

PASTOR MANDERS.
¿Que se marcha con usted?

OSWALDO.
Sí, en calidad de esposa, si ella lo exige...

PASTOR MANDERS.
Pero ¡bendito sea Dios!...

REGINA.
Yo no tengo la culpa, señor pastor.

OSWALDO.
...o se quedará aquí, si yo me quedo.

REGINA. (*Involuntariamente.*)
¿Aquí?

PASTOR MANDERS.
Me deja usted pasmado, señora Alving.

SEÑORA ALVING.
No acontecerá ni lo uno ni lo otro, porque ahora puedo hablar con toda franqueza.

PASTOR MANDERS.

Pero ¡no lo hará usted! ¡No, no, no!

SEÑORA ALVING.

Puedo y quiero. A pesar de todo, no se derrumbará ningún ideal.

OSWALDO.

Madre, ¿qué me ocultan aquí?

REGINA.

Señora, ¡escuche! Hay gente gritando fuera. *(Va al invernadero y mira hacia el exterior.)*

OSWALDO. *(Dirigiéndose a la ventana de la izquierda.)*

¿Qué pasa?... ¿De dónde viene ese resplandor?

REGINA. *(Gritando.)*

¡El orfanato está ardiendo!

SEÑORA ALVING. *(Se asoma a la ventana.)*

¡Fuego!

PASTOR MANDERS.

¿Fuego? ¡Es imposible! Si vengo de allí...

OSWALDO.

¿Dónde está mi sombrero? ¡Bah! es igual... ¡El orfanato de mi padre! *(Sale corriendo por la puerta del jardín.)*

SEÑORA ALVING.

¡Mi chal, Regina! El edificio arde por los cuatro costados...

PASTOR MANDERS.

¡Espantoso! Señora... es el castigo que cae sobre esta casa de perdición.

SEÑORA ALVING.

¡Sí, seguramente. Ven, Regina. *(Vanse a la carrera por el invernadero.)*

PASTOR MANDERS. *(Juntando las manos.)*

¡Y sin asegurar! *(Vase por la misma puerta.)*

ACTO TERCERO

La misma habitación. Todas las puertas, abiertas. Sobre la mesa continúa encendida la lámpara. Fuera es de noche todavía. Sólo un débil resplandor del incendio brilla al fondo del jardín, a la izquierda.

La SEÑORA ALVING, con un chal sobre la cabeza, mira por los cristales del invernadero. REGINA, con un chal también, se halla a corta distancia de ella.

SEÑORA ALVING.

Ha ardido todo. De arriba abajo.

REGINA.

Aún hay fuego en los sótanos.

SEÑORA ALVING.

¡Y Oswaldo sin venir, aunque ya no hay nada que salvar!

REGINA.

¿Debo ir a llevarle el sombrero?

SEÑORA ALVING.

¿No tiene sombrero siquiera?

REGINA. *(Señalando al vestíbulo.)*

No, señora; mírelo colgado ahí.

SEÑORA ALVING.

Déjalo, entonces. No puede tardar ya. Voy a ver yo misma. *(Vase por la puerta del jardín.)*

PASTOR MANDERS. *(Entrando por el vestíbulo.)*

¿No está la señora?

REGINA.

Acaba de salir por el jardín.

PASTOR MANDERS.

Es la noche más terrible que he pasado en mi vida.

REGINA.

¡Qué desdicha tan grande! ¿Verdad, señor pastor?

PASTOR MANDERS.

¡Ay!, no me hable de eso. ¡No me atrevo ni a pensarlo!

REGINA.

Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

PASTOR MANDERS.

¡No me pregunte nada! ¿Acaso lo sé yo? ¿También quiere usted...? ¿No es bastante que su padre...?

REGINA.

¿Qué ha hecho mi padre?

ENGSTRAND. *(Entrando por el vestíbulo.)*

¡Señor pastor!

PASTOR MANDERS. *(Volviéndose, asustado.)*

¿Me persigue usted hasta aquí?

ENGSTRAND.

¡Sí... ¡Dios me condene!... ¡Jesús! quería decir. ¡Es algo tremendo, señor pastor!

PASTOR MANDERS. *(Paseándose nerviosamente.)*

¡Dios mío, Dios mío!

REGINA.

¿Qué pasa?

ENGSTRAND.

¡Oh!, todo se debe a esa reunión piadosa. *(Aparte, a REGINA.)* Nos hemos

salido con la nuestra, hija mía. *(En voz alta.)* ¡Y que sea yo el culpable de que el pastor haya quemado...!

PASTOR MANDERS.

Le doy mi palabra, Engstrand...

ENGSTRAND.

Nadie ha tocado las velas más que usted abajo.

PASTOR MANDERS. *(Deteniéndose.)*

¡Sí, usted insiste en eso. Pero yo no recuerdo ni por asomo haber tenido una vela en la mano.

ENGSTRAND.

Pues yo vi muy bien cómo cogía el señor pastor una para despabilarla entre los dedos y tiraba luego el pabito en las virutas...

PASTOR MANDERS.

¿Vió usted eso?

ENGSTRAND.

¡Sí, lo vi perfectamente.

PASTOR MANDERS.

No me lo explico. Por lo demás, nunca acostumbro despabilar las velas con los dedos.

ENGSTRAND.

¡Sí; no parecía muy prudente, por cierto. Pero ¿ha sido tan grave el daño?

PASTOR MANDERS. *(Que va y viene, intranquilo.)*

¡No me lo pregunte!

ENGSTRAND. *(Siguiéndole.)*

Además, ¿no había hecho usted un seguro?

PASTOR MANDERS. *(Sin dejar de andar.)*

¡No, no, y no! Ya lo sabe usted de sobra.

ENGSTRAND. (*Andando con él.*)

¡Sin asegurar! Y prenderse así el tinglado... ¡Jesús, Jesús, qué lástima!

PASTOR MANDERS. (*Secándose el sudor de la frente.*)

Bien puede usted decirlo, Engstrand...

ENGSTRAND.

¡Y que haya pasado esto en una institución benéfica que iba a ser tan útil a la ciudad y al campo, según parece! Me temo que la prensa no trate muy bien al señor pastor.

PASTOR MANDERS.

Justamente en eso estoy pensando. Es casi lo peor de todo. ¡Cuántos ataques y acusaciones llenos de odio... ¡Oh, me horripila imaginarlo!

SEÑORA ALVING. (*Viniendo del jardín.*)

No se le puede convencer de que abandone los escombros.

PASTOR MANDERS.

¡Ah! ¿Está usted aquí, señora?

SEÑORA ALVING.

Usted, al menos, se ha evitado el discurso de inauguración, pastor Manders.

PASTOR MANDERS.

¡Hubiera tenido tanto gusto!...

SEÑORA ALVING. (*Con voz ronca.*)

Más vale que haya sido así. De este orfanato no habría salido nada bueno.

PASTOR MANDERS.

¿Usted cree?

SEÑORA ALVING.

¿Lo duda?

PASTOR MANDERS.

No obstante, ha sido un desastre inmenso.

SEÑORA ALVING.

Hablaremos de ello como de una cuestión de intereses... ¿Está usted aguardando al pastor, Engstrand?

ENGSTRAND. (*A la puerta del vestíbulo.*)

Sí, señora.

SEÑORA ALVING.

Pues siéntese.

ENGSTRAND.

Gracias; estoy bien de pie.

SEÑORA ALVING. (*Al pastor.*)

Se marcha usted ahora, en el vapor, ¿eh?

PASTOR MANDERS.

Sí; dentro de una hora.

SEÑORA ALVING.

En ese caso, ¿será usted tan amable que se lleve otra vez todos los documentos? No quiero saber una palabra más de este asunto. Por el instante tengo otras cosas en que pensar.

PASTOR MANDERS.

Señora...

SEÑORA ALVING.

Después le enviaré un poder para que arregle todo como quiera.

PASTOR MANDERS.

Me encargaré de hacerlo muy gustoso. Desgraciadamente, tendrá que cambiarse la disposición primitiva del legado.

SEÑORA ALVING.

Por supuesto.

PASTOR MANDERS.

En cuanto a mí, creo que debemos ventilar la cuestión de suerte que la finca de Solvik corresponda a la pa-

irroquia. Como el terreno representa algún valor, siempre puede ser útil para algo. Y por lo que atañe a los intereses del capital que queda en la Caja de Ahorros, será lo más conveniente emplearlos en apoyar alguna empresa de provecho para la ciudad.

SEÑORA ALVING.

Como usted guste. Todo me es ya indiferente por completo.

ENGSTRAND.

¡Piense usted en mi hogar de marinos, señor pastor!

PASTOR MANDERS.

Sí, a fe mía, es una buena idea. En fin, habrá que meditarlo despacio.

ENGSTRAND.

¡No, diablo; nada de meditarlo!... (*Refrenándose.*) ¡Jesús!

PASTOR MANDERS.

Y aparte de eso, no sé, por mi mal, cuánto tiempo tendré que ocuparme de estos pleitos. Es posible que la opinión pública me obligue a retirarme. Todo depende del resultado de las investigaciones sobre el incendio.

SEÑORA ALVING.

¿Qué está usted diciendo?

PASTOR MANDERS.

Y no es posible calcular de antemano el resultado.

ENGSTRAND. (*Acercándose.*)

¡Pues claro que se puede calcular! Para eso está aquí Jacobo Engstrand.

PASTOR MANDERS.

Sí, sí; pero...

ENGSTRAND. (*Más bajo.*)

Y Jacobo Engstrand no es hombre que traicione a un digno bienhechor en el momento del peligro, como quien dice.

PASTOR MANDERS.

Sí; pero, querido Engstrand, ¿de qué modo...?

ENGSTRAND.

Jacobo Engstrand es como el ángel de la salvación, señor pastor.

PASTOR MANDERS.

No, no; de ninguna manera puedo consentir eso.

ENGSTRAND.

A pesar de todo, así será... Yo sé de alguien que ya cargó con la culpa de otra persona en cierta ocasión.

PASTOR MANDERS.

¡Jacobo! (*Estrechándole la mano.*) Es usted un hombre excepcional. ¡Vaya!, puede contar con toda la ayuda que sea necesaria para su hogar de marinos. (*ENGSTRAND intenta dar las gracias; pero se lo impide la emoción. El pastor se tercia la correa de su saco de viaje por encima del hombre.*) Y ahora... ¡en marcha! Nos vamos los dos.

ENGSTRAND. (*Pasando junto a REGINA, que está a la puerta del comedor.*)

Ven conmigo, chiquilla; estarás a tus anchas.

REGINA.

Merci (1). (*Salé al vestíbulo para buscar el abrigo del pastor.*)

PASTOR MANDERS.

Hasta la vista, señora. ¡Y quiera el cielo que entre pronto en esta casa el espíritu del orden y de la regularidad!

SEÑORA ALVING.

Adiós, Manders. (*Ve a OSWALDO entrar por el jardín, y se dirige al invernadero.*)

(1) En francés en el original.

ENGSTRAND. (*Ayudando a REGINA a poner el abrigo al PASTOR MANDERS.*)
Adiós, hija mía. Y si ocurriera algo, ya sabes dónde está Jacobo Engstrand. (*Aparte.*) Calle del Puerto ¡ejem!... (*A la SEÑORA ALVING y a OSWALDO.*) Y el hogar de los marinos se llamará Hogar del Gentilhombre Alving, ¡eso es!... Y si me permiten regentar esa casa como espero, no vacilo en prometer que será digna del gentilhombre, que en paz descanse.

PASTOR MANDERS. (*A la puerta.*)
¡Hum! Vamos, querido Engstrand, ¡Adiós, adiós!...
(*Salen ambos por el vestíbulo.*)

OSWALDO. (*Acercándose a la mesa.*)
¿Qué hogar es ése de que hablaban?

SEÑORA ALVING.
Es una especie de asilo que quieren fundar él y el pastor Manders.

OSWALDO.
Arderá como éste.

SEÑORA ALVING.
¿Por qué supones eso?

OSWALDO.
Todo desaparecerá. No restará nada que recuerde la memoria de mi padre. Yo a mi vez me estoy consumiendo.

SEÑORA ALVING.
¡Oswaldo! No debiste haberte quedado tanto tiempo allá abajo. ¡Pobre hijo!

(REGINA le mira, extrañada.)

OSWALDO. (*Sentándose al lado de la mesa.*)
Creo que tienes razón.

SEÑORA ALVING.
Déjame secarte la cara; estás todo mojado. (*Le seca con su pañuelo.*)

OSWALDO. (*Con indiferencia.*)
Gracias, madre.

SEÑORA ALVING.
¿No estás cansado, Oswaldo? ¿Quieres dormir quizá?

OSWALDO. (*Con terror.*)
¡No, no!... ¡Dormir, no! No duermo nunca; sólo hago que duermo. (*Tristemente.*) Pronto me llegará mi hora.

SEÑORA ALVING. (*Mirándole con inquietud.*)
Sí, verdaderamente, estás enfermo, por lo visto, hijo mío.

REGINA. (*Intrigada.*)
¿Está enfermo el señor Alving?

OSWALDO. (*Impaciente.*)
¡Que cierren todas las ventanas! Esta angustia mortal...

SEÑORA ALVING.
Cierra, Regina. (*REGINA cierra y se queda a la puerta del vestíbulo. La SEÑORA ALVING se quita el chal. REGINA hace lo mismo. La SEÑORA ALVING arrima una silla y se sienta junto a OSWALDO.*) ¡Ea!, me sentaré a tu lado.

OSWALDO.
Sí, muy bien. Y que también se quede Regina. Regina debe estar siempre conmigo. Tú vendrás en mi auxilio, ¿verdad, Regina?

REGINA.
No comprendo...

SEÑORA ALVING.
¿En tu auxilio?

OSWALDO.
Sí... cuando sea necesario.

SEÑORA ALVING.
Oswaldo, ¿no tienes a tu madre para auxiliarte?

OSWALDO.
¿Tú? (*Sonriendo.*) Tú no puedes prestarme ese auxilio. (*Con risa forzada.*) ¡Tú! ¡Ja, ja!... (*Mirándola gravemente.*) Aun cuando eres la que debía hacerlo. (*Con violencia.*) Regina, ¿por qué no me tuteas? ¿Por qué no me llamas Oswaldo?

REGINA. (*En voz baja.*)
Creo que no le gustaría a la señora.

SEÑORA ALVING.
Dentro de poco te estará permitido. Siéntate aquí con nosotros... (*REGINA se sienta, silenciosa y con cierta vacilación, al otro lado de la mesa.*) Y ahora, pobre hijo mío, voy a quitarte el peso que llevas sobre tu alma...

OSWALDO.
¿Tú, madre?

SEÑORA ALVING.
Todo lo que llamas pesares, remordimientos, arrepentimiento...

OSWALDO.
¿Te crees capaz de eso?

SEÑORA ALVING.
Sí, Oswaldo; ahora soy capaz. Cuando hace poco se te ocurrió hablar de la alegría de vivir, se me representó con toda claridad lo que era mi vida.

OSWALDO. (*Meneando la cabeza.*)
No entiendo nada de eso.

SEÑORA ALVING.
Debias haber conocido a tu padre mientras todavía era un joven teniendo... ¡El sí que desbordaba alegría de vivir!

OSWALDO.
Sí, ya lo sé.

SEÑORA ALVING.
Su sola presencia contagiaba el alborozo. Y por añadidura, aquella fuerza, aquella vitalidad indomable...

OSWALDO.
¿Y qué más?

SEÑORA ALVING.
Aquel niño alegre—porque entonces era enteramente un niño—se instaló en una población con pretensiones de gran ciudad, que no podía ofrecerle sino placeres en vez de verdadero regocijo. Allí llevaba una vida sin objeto, desprovisto de una ilusión a que entregarse de lleno, ocupado sólo en su empleo y en negocios, sin amigos capaces de sentir la alegría de vivir, rodeado de holgazanes y juerguistas...

OSWALDO.
¡Madre...!

SEÑORA ALVING.
Y pasó lo que tenía que pasar...

OSWALDO.
¿Qué tenía que pasar?

SEÑORA ALVING.
Tú mismo lo expresabas esta noche, al presagiar lo que sería de ti si te quedaras en casa.

OSWALDO.
¿Insinúas con eso que mi padre...?

SEÑORA ALVING.
Tu padre no encontró nunca ocasión de desahogar su indomable alegría de vivir. Yo tampoco la llevé a su casa.

OSWALDO.
¿Tú tampoco?

SEÑORA ALVING.

Me habían inculcado algunas enseñanzas, en las cuales no existían más que obligaciones. Y por ellas me he regido durante largo tiempo. Todo en la vida giraba en torno a deberes: mis deberes, sus deberes... Hoy temo haber hecho insoportable el hogar a tu padre, Oswaldo.

OSWALDO.

¿Y por qué no me has hablado nunca de eso en tus cartas?

SEÑORA ALVING.

Hasta ahora no lo he visto bajo un aspecto que me impulsara a confesártelo a ti, su hijo.

OSWALDO.

¿Y cómo lo veías?

SEÑORA ALVING. (*Lentamente.*)

Sólo se me alcanzaba una cosa, y es que tu padre era un hombre perdido antes que tú nacieses.

OSWALDO. (*Con voz apagada.*)

¡Oh!... (*Se levanta y se dirige a la ventana.*)

SEÑORA ALVING.

Después de reflexionar mucho tiempo, saqué la conclusión de que Regina habitaba esta casa... con tanto motivo como mi propio hijo.

OSWALDO. (*Volviéndose precipitadamente.*)

¡Regina!

REGINA. (*Sobresaltada y moderando su tono.*)

¿Yo?

SEÑORA ALVING.

Sí; ya lo sabéis los dos.

REGINA. (*Como para sí.*)

¿De modo que mi madre era una...?

SEÑORA ALVING.

Tu madre tenía muchas cualidades buenas, Regina.

REGINA.

Sí; pero de todas maneras... Muy a menudo lo he pensado así, aunque... Bueno, señora; ¿me permitirá usted que me marche en seguida?

SEÑORA ALVING.

¿De veras quieres irte, Regina?

REGINA.

Sí, claro que quiero.

SEÑORA ALVING.

Naturalmente, puedes hacer tu voluntad; pero...

OSWALDO. (*Avanzando hacia REGINA.*)

¿Marcharte ahora... ahora que estás en tu casa?

REGINA.

Merci, señor Alving... Bueno; es verdad; ahora podré llamarle Oswaldo. Pero francamente, no es así como yo había esperado decirlo.

SEÑORA ALVING.

Regina, no he sido franca contigo...

REGINA.

Por supuesto, no se puede decir otra cosa. Si hubiera sabido que Oswaldo estaba enfermo... Además, ahora que no puede haber nada serio entre nosotros... No, no puedo quedarme aquí para cuidar enfermos.

OSWALDO.

¿Ni siquiera por uno que está tan estrechamente ligado a ti?

REGINA.

No puedo, no. Una muchacha pobre ha de aprovechar su juventud, porque,

si no, puede encontrarse algún día sin tener donde caerse muerta. ¡Y también yo siento la alegría de vivir, señora!

SEÑORA ALVING.

Sí, por desgracia; pero no te echas a perder, Regina.

REGINA.

¡Oh! si me pierdo, será porque así tenía que ser... Puesto que Oswaldo se parece a su padre, es lógico que yo me parezca a mi madre. ¿Puedo preguntar a la señora si el pastor Manders está enterado de esto?

SEÑORA ALVING.

El pastor Manders lo sabe todo.

REGINA. (*Poniéndose su chal.*)

Bien; pues voy a darme prisa para alcanzar el vapor. Es fácil convencer al pastor, tan amable, y creo que tengo tanto derecho al dinero como... como ese carpintero repugnante.

SEÑORA ALVING.

No te lo negarán, Regina.

REGINA. (*Mirándola con dureza.*)

Ya podría haberme educado la señora como hija de un hombre de condición: eso hubiese sido lo justo. (*Con un ademán desdeñoso.*) ¡Puaf! ¡Me da igual! (*Mirando la botella de champaña sin descorchar.*) Después de todo no tendría nada de particular que acabara un día bebiendo champaña entre gente de rango.

SEÑORA ALVING.

Si alguna vez necesitas un hogar, Regina, ven aquí conmigo.

REGINA.

No; muchas gracias, señora. Seguramente, el pastor Manders se ocupará de mí. Y si tengo que acabar mal, ya sé la casa que me corresponde.

SEÑORA ALVING.

¿Cuál?

REGINA.

El Hogar del Gentilhombre Alving.

SEÑORA ALVING.

¡Regina! Ahora lo veo claro... Vas a echarte a perder.

REGINA.

¡Bah! *Adieu!* (1). (*Saluda y vase por el vestíbulo.*)

OSWALDO. (*Junto a la ventana, mirando hacia afuera.*)

¿Se ha ido?

SEÑORA ALVING.

Sí.

OSWALDO. (*Entre dientes.*)

Creo que eso está mal hecho.

SEÑORA ALVING. (*Acercándose a él por detrás y poniéndole las manos sobre los hombros.*)

Oswaldo, querido hijo, ¿te ha afectado mucho?

OSWALDO. (*Volviendo el rostro hacia ella.*)

¿Por lo que se refiere a mi padre, quieres decir?

SEÑORA ALVING.

Sí, a tu infeliz padre. Tengo miedo de que te impresionara con exceso.

OSWALDO.

¿Por qué lo piensas? Sin duda, todo esto ha sido una sorpresa para mí; pero, bien mirado, me da igual.

SEÑORA ALVING. (*Retirando las manos.*)

¿Te da igual que tu padre haya sido a tal extremo infeliz?

(1) *Adiós.* En francés en el original.

y puedes serme tan útil...

SEÑORA ALVING.

¿Verdad que sí, Oswaldo? ¡Oh! casi podría bendecir la enfermedad que te ha hecho volver a mi lado. Porque al cabo me percató de que no eres mío, de que he de ganarte.

OSWALDO.

Sí, sí; pero todo eso se reduce a palabras. Debes recordar, madre, que soy un enfermo. No puedo ocuparme de los demás; bastante tengo con pensar en mí mismo.

SEÑORA ALVING. (*Bajando la voz.*)

Seré humilde y paciente.

OSWALDO.

¡Y alegre, madre!

SEÑORA ALVING.*

Sí, hijo mío, tienes razón. (*Acercándose a él.*) ¿No te he librado ya de todos tus pesares y remordimientos?

OSWALDO.

Sí, lo has hecho. Pero ¿quién me librará de la angustia al presente?

SEÑORA ALVING.

¿De la angustia?

OSWALDO. (*Paseándose.*)

Regina lo habría logrado con una sola frase.

SEÑORA ALVING.

No deduzco qué relación puede tener la angustia con Regina.

mañero.) La empieza a caminar el viento entre las cumbres. ¡Hará buen tiempo, Oswaldo! ¡Dentro de poco verás el sol!

OSWALDO.

Me alegro. ¡Todavía hay algunas cosas que pueden alegrarme e invitarme a vivir!

SEÑORA ALVING.

¡Ya lo creo!

OSWALDO.

Si no puedo trabajar...

SEÑORA ALVING.

¡Oh!, podrás volver a trabajar pronto, hijo mío. Ya no existen aquellos pensamientos inquietantes que te atormentaban.

OSWALDO.

Por fin has conseguido librarme de mis alucinaciones. Y como de momento he salvado el mal paso... (*Se sienta en el sofá.*) Vamos a hablar, madre...

SEÑORA ALVING.

Sí, de acuerdo. (*Acerca un sillón y se sienta junto a OSWALDO.*)

OSWALDO.

Mientras sale el sol, lo sabrás todo, y así se me irá esa angustia.

SEÑORA ALVING.

¿Qué es lo que voy a saber?

OSWALDO. (*Sin escucharla.*)

¿No me decías anoche que no hay nada en el mundo que no hicieras por mí y si yo te lo pidiese?

ra que pueda permacerse durante años en ese estado, que pueda envejecer y encanecer en semejante situación... Y entre tanto, tú podrías morir, dejándome solo. (*Se sienta en el sillón de su madre.*) Porque no acaba por fuerza en una muerte repentina, según indicó el médico. Decía que es una especie de reblandecimiento cerebral... o algo por el estilo. (*Sonriendo con tristeza.*) Me suena muy bien la expresión. Hace pensar en terciopelos de seda color guinda... algo delicado y delicioso, para acariciar...

SEÑORA ALVING. (*Gritando.*)

¡Oswaldo!

OSWALDO. (*Levantándose de improviso.*)

¡Y me has quitado a Regina! Si la tuviese junto a mí... ella habría sabido acudir en mi auxilio...

SEÑORA ALVING. (*Yendo hacia él.*)

¿Qué quieres decir, hijo mío? ¿Es que puede haber en el mundo un auxilio que yo no sepa prestarte?

OSWALDO.

Cuando me recobré, después del primer ataque, me dijo el médico que, si se repetía—y se repetirá—, ya no habría esperanza.

SEÑORA ALVING.

¿Y fué tan cruel, que...?

OSWALDO.

Le obligué yo. Le dije que tenía que tomar algunas disposiciones. (*Sonríe maliciosamente.*) Y así era. (*Saca una cajita del bolsillo interior de su chaqueta.*) Madre, ¿ves esto?

SEÑORA ALVING:

¿Qué es?

OSWALDO.

Polvos de morfina

SEÑORA ALVING. (*Indignada.*)

¡Oswaldo... hijo mío!

OSWALDO.

He conseguido reunir doce papelillos.

SEÑORA ALVING. (*Intentando arrebatárselos.*)

¡Dame esa caja, Oswaldo!

OSWALDO.

Todavía no, madre. (*Vuelve a guardarse la caja en el bolsillo.*)

SEÑORA ALVING.

No podré sobrevivir a esto.

OSWALDO.

Hay que sobrevivir. Si ahora estuviera aquí Regina, le habría explicado lo que me pasa... y le habría pedido esta suprema ayuda, seguro de que no me la negaría.

SEÑORA ALVING.

¡Jamás!

OSWALDO.

Cuando me sobreviniera el ataque en presencia suya y me viera tendido en el suelo con menos energía que un niño, desahuciado... sin esperanza... sin salvación posible...

SEÑORA ALVING.

No; Regina no lo habría hecho nunca.

OSWALDO.

Regina lo habría hecho; Regina tenía un corazón tan encantadoramente ligero... Se habría cansado muy pronto de cuidar a un enfermo como yo.

SEÑORA ALVING.

En ese caso, demos gracias a Dios de que no esté aquí.